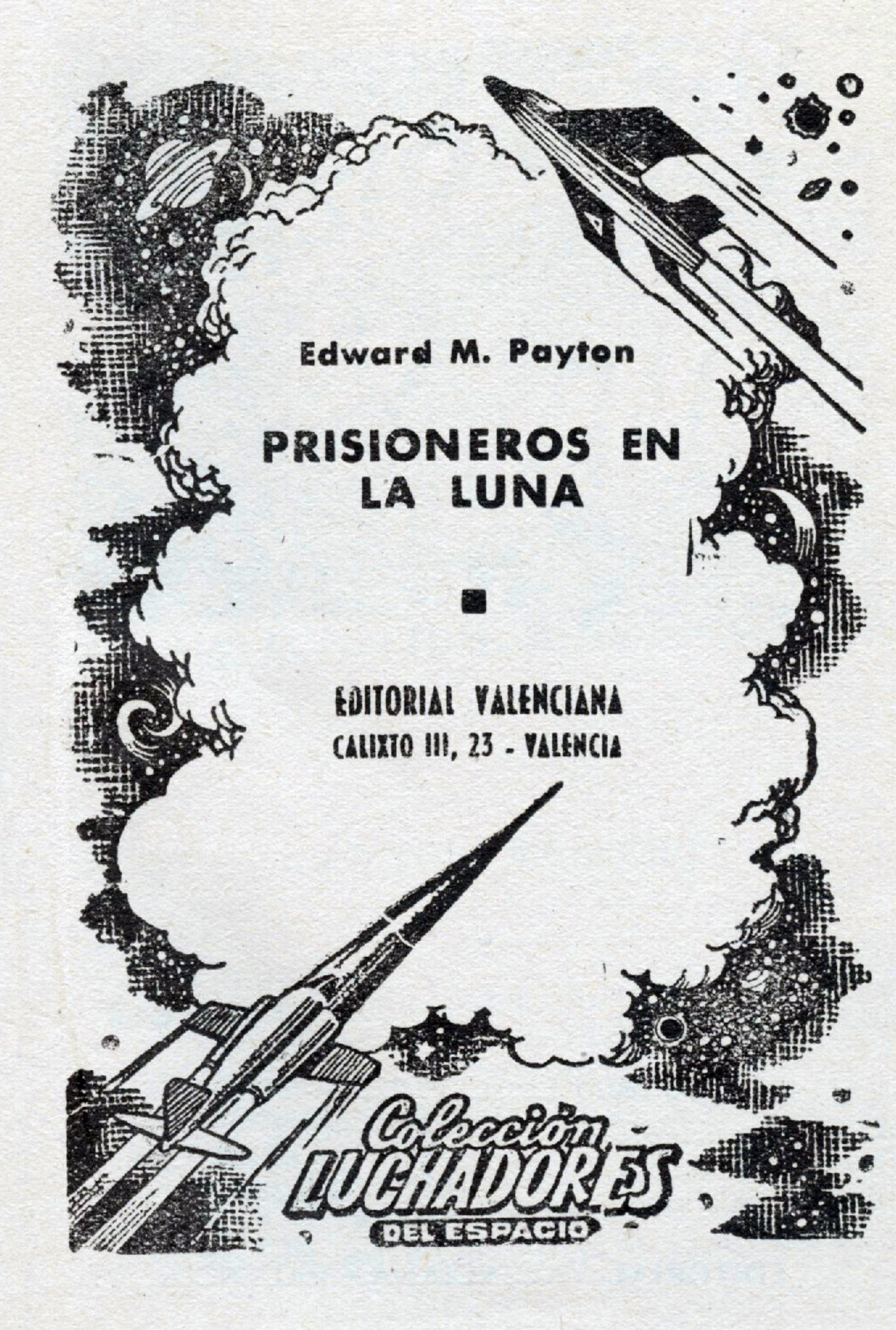

K-7
Ibañez
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
PRISIONEROS
EN LA LUNA
EDWARD M. PAYTON



Edward M. Payton

PRISIONEROS EN LA LUNA

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Depósito legal V. 2.224 - 1962

Registro núm. : 4.776 - 1962

PRINTED IN SPAIN

EDITORIAL VALENCIANA - VALENCIA



CAPÍTULO I

Una prolongada salva de corteses aplausos premió el fin de la brillante disertación del profesor Orlando Pavicini.

Las numerosas personas que integraban las delegaciones de los distintos países de la Tierra, más sus adjuntos, corresponsales de prensa, fotógrafos e invitados, se pusieron en pie para salir a la calle, abandonando el amplio y suntuoso salón de conferencias del Palacio de las Naciones en París.

Aquel congreso de científicos en cuestiones espaciales, físicos, matemáticos ilustres, genios en el campo de la electrónica, del átomo, de proyectiles dirigidos, en una palabra, los más destacados hombres de la ciencia mundial se habían congregado en París por acuerdo de sus gobiernos para intercambiar libremente información, ideas y conocimientos sobre vehículos espaciales tripulados.

El motivo de tal acuerdo había sido el sucesivo fracaso de americanos y rusos en sus intenciones de llegar a la Luna. Los dos colosos, casi solos en el pugilato espacial, habían invertido miles de millones de dólares, esfuerzo y tiempo en su lucha por colocar seres humanos en el satélite de la Tierra, sin conseguir otra cosa que circunvalar la Luna, pero sin poner pie en ella.

Tantas veces como lo intentaron unos y otros, fracasaron. Se

perdieron vehículos tripulados por ambas partes a pesar de los meticulosos estudios y preparación y la opinión pública comenzaba a cansarse de aquel tremendo forcejeo que exigía un gran esfuerzo a los contribuyentes.

Desde el primer momento se pudo apreciar que el congreso de científicos estaba dividido en dos bloques. El de los países «activos», como Rusia, Estados Unidos, Francia, Inglaterra... y el de los teóricos o «pasivos», compuesto por el resto de las naciones.

Las nutridas delegaciones americana y rusa, habían copado casi el estrado de conferencias. Todo lo que se sabía o se quería decir, había sido ya expuesto brillantemente. Algunos otros conferenciantes intervinieron, pero sin aportar nada nuevo a lo ya conocido.

Cuando el italiano Pavicini ocupó el estrado, muchas sonrisas conmiserativas afloraron a los labios de los famosos científicos de los países «activos», que se dispusieron resignadamente a encajar un «rollo» más de un profesor teórico.

Pero bien pronto cambiaron de opinión. Las ideas que Pavicini iba exponiendo eran originales. Su teoría de la «frontera» o punto cero entre la atracción terrestre y lunar, sus ideas sobre la forma de llegar a ella, con un vehículo tripulado, parecían francamente posibles y revolucionarias. Y lo revolucionario fue lo último que dijo.

-Yo, señores, les aseguro que con un vehículo por mi planeado y tripulado por astronautas competentes, el «alunizaje» es posible. Yo me ofrezco a ir con esa tripulación en prueba de la seguridad que me merece mi teoría. Y nada más por hoy.

Sonaron los aplausos. Los científicos se miraron los unos a los otros entre incrédulos y divertidos y comenzaron a desalojar el salón entre comentarios. Una nube de fotógrafos rodeó al profesor Orlando Pavicini y su alargada y escuálida figura, coronada por una cabellera casi blanca, se vio sumergida en una alucinante barahúnda de centelleos de «flashes» y disparos de preguntas en varios idiomas. Sin duda alguna, Pavicini era en aquellos momentos el «astro» del Congreso Espacial.

Joe Murray, en pie ante su butaca, miraba divertido la lucha de aquel desconocido profesor italiano contra los «chicos de la prensa». Vio destacada, en primera fila, a la joven rusa que tanto se había distinguido por sus «intervius» a los más destacados hombres de ciencia que en el congreso iban

brillando.

Aquella guapa Tatiana... como fuera, pues su enrevesado apellido se le enredaba en la lengua siempre que intentaba pronunciarlo, le atraía sin que él pudiera remediarlo, aunque sin el menor éxito hasta la fecha.

Esperó hasta que la marea bajara y luego se fue acercando al grupo cuando fue menos numeroso. Maniobró para situarse junto a la periodista rusa y aguardó su oportunidad. Al fin creyó encontrarla en un momento en que Pavicini se dejaba retratar y le disparó la pregunta.

-Profesor, ¿me concede unas declaraciones en exclusiva?

-El profesor está cansado -intervino un apolíneo joven, moreno y atildado que parecía secretario del científico. Pero éste le cortó.

-Lo siento, joven. Ya di mi conformidad a esa exclusiva que me pide -y, ante la cara de desencanto de Murray, preguntó afectuoso-: ¿A qué publicación representa usted?

-Mi periódico es modesto, profesor. Un semanario de mi ciudad natal -y Joe Murray casi por intuición captó el gesto burlón de la chica rusa.

-Llegó tarde el semanario de su pueblo, amigo -aclaró zumbón el joven de la vitola irreprochable, haciendo ademán de apartar al americano.

-Espera, Mario. Me gusta ayudar a los que empiezan. ¿Es su primera salida al exterior, joven? -inquirió Pavicini sonriente.

Ante aquella pregunta, Joe Murray estuvo a punto de soltar la carcajada.

-Sí, profesor -y puso su semblante más inocente.

-¿Sabe dónde me hospedo?

-En el mismo hotel que yo, señor Pavicini -respondió Murray suavemente, casi con ingenuidad.

-Pero profesor -intervino de nuevo el secretario-, dio la exclusiva a esta señorita rusa, enviada especial de «Pravda» y no puede...

-La tendrá, Mario. No te preocupes por tu gentil candidato. Y usted, joven americano, ya que vive en el mismo hotel que yo, le será fácil verme. Le espero esta noche después de cenar y charlaremos un rato de cosas del espacio para su semanario.

-¡Gracias, profesor! Le veré esta noche.

Se volvió tras un saludo alegre y sus ojos se encontraron con los negros y profundos de la rusa. Un destello de cólera le pareció percibir en sus

bellas pupilas y le dedicó su más amable sonrisa.

-¿Come conmigo, colega? -preguntó afectuoso.

-¡Niet! -fue la rotunda y seca contestación de ella.

Se alzó Joe de hombros y al apartarse, su pie tropezó «casualmente» con el del almibarado secretario italiano que dedicaba su más espléndida sonrisa a Tatiana. Ante el pisotón, la sonrisa se quebró y una exclamación de dolor salió de los labios del hombre.

-¡Oh, mamma mía!

-Perdón, muchacho -se disculpó Joe palmeteando la espalda del otro. Luego sus pasos largos y elásticos le alejaron del grupo.

El sol declinaba ya y la calle comenzaba a poblarse de luces. Aquel enorme y bello París, que encandilaba a tanto turista, aburría un poco a Joe Murray. Se miró la solapa donde como una etiqueta de su procedencia colgaba el cartoncito con los colores de la bandera americana y la palabra «prensa», en inglés. Se la quitó, guardándola en un bolsillo y se lanzó a la calle.

El comandante Joe Murray era un tipo alto y de buena presencia. Sus ojos, castaños como el pelo, ponían cierta belleza viril al rostro de acusado mentón y boca grande. Era el típico norteamericano de largas piernas y estrecha cintura, con espaldas de atleta, curtido por el deporte violento de la pelota.

Sometido al duro entrenamiento militar en la Base Espacial de Cabo Cañaveral, se le consideraba uno de los mejores pilotos espaciales con dos lanzamientos satelitales alrededor de la Tierra y uno a la Luna.

Su misión en el Congreso reunido en París era más bien de observador. No tenía intervención en él y pasaba como uno de tantos periodistas americanos enviados a la reunión científica.

Se entretuvo viendo una interesante película de «suspense» al estilo francés y cuando su estómago le avisó, salió dispuesto a cenar en uno cualquiera de los muchos restaurantes de la capital de Francia.

Eran ya cerca de las diez de la noche, cuando penetraba en el Hotel de la Paz, residencia de Pavicini, suya y también de la esquiva corresponsal Tatiana Novogorichenka, amén de otros varios rusos, italianos, americanos y quién sabe cuántos más.

Echó una mirada circular al vestíbulo y no viendo a nadie conocido,

comenzó a subir la amplia escalera semicircular que le llevaría a las habitaciones del profesor Pavicini. Coronó el último escalón en el preciso instante en que un firme taconeo le hizo apartarse a un lado cediendo el paso a una mujer.

Al reconocerla, su rostro se iluminó con una sonrisa alegre y dando un paso de costado, casi bloqueó la escalera.

-¡Qué suerte, colega! ¿Ya acabó con el profesor?

-Le he dejado unas migajas para su pueblerino semanario. ¡Déjeme pasar!

Tatiana Novogo... estaba ante él, arrogante y magnífica. Alta, con la silueta bien modelada por el ceñido traje sastre, de falda estrecha que dejaba al aire unas piernas finas, de irreprochable línea, que terminaban en unos pies calzados con bonito zapato de medio tacón. La boca de labios carnosos y rojos se fruncía en un rictus de fastidio y sus ojos, un poco entornados, le miraban desafiadores. Murray se dijo que la soviética era una gran mujer. Sin moverse del sitio, Joe la interpeló:

-¿Cuándo va a dejar de ser arisca y aceptar una invitación mía?

Le pareció al americano que los ojos negrísimos de la muchacha chispeaban y cuando abría la boca para disculparse, la manó de ella se apoyó con violencia en su hombro, empujándole con una rudeza nada femenina.

Cuando se quiso dar cuenta de lo que le ocurría, se encontró rodando por los escalones. Se encogió cuanto pudo para preservar la cabeza y como una pelota fue rebotando escaleras abajo. Encontró en mitad del camino a un camarero que subía con un servicio de vasos y botellas y le arrolló.

Al estrépito de su caída se unió ahora el del hombre vestido de frac, el estruendo escandaloso de cristales rotos y el golpeteo metálico de la bandeja en saltos y rebotes escaleras abajo.

Al fin, todo el ruido cesó. Joe Murray se encontró sentado en el suelo del vestíbulo y la maldita bandeja aún evolucionó unos segundos describiendo un espiral para tumbarse a su lado con un trémolo metálico. Y entonces ocurrió lo peor. En lo alto de la señorial escalera sonó una carcajada de alegre victoria. Luego la voz clara de la joven rusa llegó inconfundible.

-¡Amerikanische! ¡Uf...!

Molido y zarandeado más en su amor propio que en su cuerpo, Murray se puso en pie antes de que las manos solícitas de varios empleados le

tocaran. Percibió las maliciosas sonrisas de algunos y decidió que mejor que explicar nada, sería quitarse de en medio.

Tras cerciorarse de que el camarero atropellado había salido indemne del percance, se metió en el ascensor con la cara fosca.

-¡Cuarto piso! -ordenó seco.

-¿Se hizo daño, señor? -demandó el muchacho ascensorista, va en el camino.

-No mucho. Entérate de lo que vale lo que se ha, roto y que me lo carguen en cuenta.

-Bien, señor -y la cara del chicuelo se iluminó con una picara sonrisa.

Corrió el corredor a grandes zancadas, hasta llegar a su departamento. Ya solo, se palpó las doloridas espaldas y resopló enfurecido:

-¡Maldita chica!

Se friccionó con colonia la docena larga de moraduras que fue descubriendo en su cuerpo y tras lavarse y peinarse, cambió de ropa y decidió olvidar el lance. Consultó su reloj, que había pálido ileso del batacazo, y se dispuso a proseguir su interrumpido intento de ver al profesor Pavicini.

Bajó despacito la escalera. Le dolía el cuerpo en media docena de sitios, pero se estiró cuanto pudo al llegar a! corredor donde se alojaba el italiano. Llamó con los nudillos y al poco la puerta se abrió. En el vano se recortó la figura de Mario Macaronni que le miró entre sorprendido y burlón.

-No le esperaba -manifestó el italiano con un gesto grandilocuente.

-Pues aquí estoy -respondió Joe con gesto duro, comprendiendo que aquel figurín estaba enterado del percance.

-Pase, ahora aviso al profesor.

Le volvió la espalda. Iba el italiano vestido de etiqueta y Joe se contuvo las ganas que le acometieron de arrugarle la pechera inmaculada de la blanca camisa y torcerle el lazo del cuello. Al momento regresó y con una forzada sonrisa señaló la puerta del fondo.

-Pase. El profesor le espera. Yo tengo prisa y le dejo. Me perdonará que no le atienda, pero ya sabe lo que es una cita.

Se estiró la negra chaqueta de solapas brillantes y ya en la puerta quiso aclarar incisivo:

-Las rusas son deliciosas y muy puntuales. ¡«Adió, caro mío»!

En otras circunstancias, Joe se hubiera reído de todo aquello. Pero el

ridículo corrido ante los huéspedes del vestíbulo levantaba ronchas en su piel. Apretó los puños y maldijo su mala estrella aquella noche. La voz de Pavicini le hizo recordar a lo que había ido allí.

-Pase, joven. Le espero.

- Buenas noches, profesor - saludó Murray penetrando en la pieza contigua.

Orlando Pavicini, envuelto en una bata ligera de un azul eléctrico, ceñida por un cordón blanco rematado por grandes borlones, le salió al encuentro. Tendió su mano cordial y le invitó a sentarse.

Ocuparon sendos butacones frente a frente y Murray observó atento al profesor italiano que, con su cabellera larga y casi blanca, semejaba un director de gran orquesta más que un científico espacial, según la particular opinión del americano. Poseía Pavicini una gran movilidad en su rostro enjuto y moreno que le hacía sumamente expresivo al hablar, moviendo además los brazos como para afirmar más el sentido de sus palabras.

-Bien, joven. ¿Quiere saber algo de mí o de mi especialidad?

-Pues verá, profesor, yo...

-No se preocupe por el estilo literario de la entrevista -y sonrió comprensivo, creyendo ayudar al novato periodista. Pero a Murray le escocía el engaño. Decidió aclarar su personalidad, seguro de que sería comprendido su gesto.

-Escuche, profesor. Le ruego me perdone, pero yo no soy periodista.

Ante el gesto estupefacto de Pavicini, siguió con una sonrisa:

-Me llamo Murray. Joe Murray, comandante piloto espacial de los Estados Unidos.

-¡Diávolo! -exclamó el italiano sin saber que otra cosa decir. Luego con cara de extrañeza inquirió:

-Pero, entonces, ¿qué desea?

-Confieso avergonzado, profesor, que le pedí esta entrevista por chafar de alguna manera a la chica rusa que hablaba con usted.

-¿A la enviada de «Pravda»?

-A esa, profesor.

Pavicini rompió a reír, divertido. Luego se fijó curioso en una moradura que Joe llevaba en la frente.

-¿Ella le hizo eso? -preguntó señalando la cabeza de Murray.

-Ella precisamente... bueno, la escalera.

Rieron los dos ahora. Pavicini se levantó para alcanzar una botella y dos copas. Sin preguntar nada las llenó y ofreció una a Joe.

-Le gustará. Es un buen vino italiano que hace olvidar.

-Gracias, profesor. Ahora creo que debo marcharme.

-¿Marcharse? Nada de eso. ¿No desea charlar un poco de cosas del espacio?

-Temo molestarle.

-No me molesta nada. Es más, me es usted simpático y le voy a confiar algo sensacional. Ya conoce mis teorías sobre lo que llamo la «frontera» de la atracción.

-Escuché muy interesado su disertación de esta tarde.

-Pero tengo algo mejor. Tengo el medio de llegar a esa «frontera» en las condiciones de velocidad necesarias para que ni la Tierra ni la Luna «tiren» del vehículo y desvíen la trayectoria voluntariamente establecida.

Guardó silencio Pavicini, como esperando un comentario de su interlocutor. Por su parte, Joe estaba tan sorprendido, que no acertó a decir nada. Él era un piloto espacial y conocía por haberlo vivido, la angustia de los momentos en que un exceso de velocidad o un defecto en la misma, hacían fracasar un vuelo meticulosamente preparado, con el peligro terrible del regreso acelerado hacia la Tierra o la misma aceleración hacia la Luna. Se atrevió a comentar:

-Eso es magnífico, profesor. Pero también revolucionario.

-¡Lo es, caro amigo!

-La duración del combustible actual en el sistema de impulsión, lo es todo en los vuelos espaciales.

-Mi sistema es distinto.

-¿Quiere decir que con él puede navegar un piloto a voluntad en el espacio?

-Así es, «caro amigo» -y en la voz de Pavicini había un timbre tal de triunfo que Joe se sintió por un momento aturdido por la revelación. Luego su sentido utilitario del descubrimiento le hizo exclamar:

-¡Profesor, eso es extraordinario!

Pavicini alzó su copa de fino cristal y miró al trasluz el dorado caldo. Después apuró despacio el contenido. La voz alarmada del americano le hizo

levantar las cejas.

-¿Le ha contado todo eso a la rusa?

-Lo he dejado entrever, nada más.

-¡Menos mal, profesor!

-Mi intención es hacerlo público en la conferencia de mañana.

-¡No lo haga! -se disparó Murray.

-¿No? -se extrañó el italiano.

-Por lo menos espere a que yo hable con mis jefes.

-No, «caro mío» -denegó el italiano suavemente-. La ciencia se beneficiará más si lo saben todos. Y la gloria será de un desconocido y modesto profesor italiano, catedrático de física de la Universidad de Pisa. De un país «pasivo», en cuestiones espaciales.

Al acabar de decir estas palabras, Pavicini se puso en pie. Había hablado suavemente, sin afectación y Joe no se atrevió a insistir. Por otra parte, la actitud del italiano daba a entender claramente que deseaba terminar la entrevista. Se puso en pie iniciando la despedida.

-Le felicito, profesor. Si eso se realiza, el hombre llegará a la Luna.

-Y mucho más allá. ¿Irá mañana a la conferencia?

-¡Naturalmente!

-¿Tiene fe en mis palabras?

-Completa, profesor.

Pavicini dio unos pasos y tomó una voluminosa cartera de piel. Con un ligero acento de vanidoso triunfo, la levantó en alto y exclamó:

-¡Aquí están el proyecto, los estudios, las fórmulas! Mañana, muchas glorias de la ciencia universal van a palidecer de despecho ante un desconocido.

Volvió a dejar la cartera y sonrió modesto:

-Perdone. Es tarde y quiero descansar.

-Hasta mañana, profesor -se despidió Murray.

-¡Hasta mañana, el gran día!

Sintió cerrarse suavemente la puerta tras si y avanzó por el corredor. Desdeñando el ascensor, subió rápidamente la escalera y metiendo la llave en la cerradura penetró en su apartamento. Al dar la luz, sus ojos percibieron un papel en el suelo, sin duda arrojado por debajo de la puerta.

Se agachó y lo tomó. Al fijar la vista en él, quedó perplejo. Era su

propio retrato en traje de vuelo y al pie su nombre y la breve reseña de su hazaña espacial. Le dio la vuelta. Era una hoja de una revista ilustrada francesa. Unas letras rojas y gruesas trazadas por encima de su rostro fotografiado, decían en inglés: «¿Periodista de pueblo o aprendiz de piloto?».

Un suave aroma a fresa le hizo acercar el papel a la nariz. Luego, como queriendo comprobar una sospecha, pasó el dedo por encima de la escritura roja y su rostro impreso se coloreó de carmín.

Arrugó rabioso el papel y lo arrojó lejos, mientras a su mente acudía la imagen de Tatiana Novogo... con su risa burlona y su exclamación: «¡Americanischie! ¡Uf...!

CAPÍTULO II

Joe Murray durmió mal aquella noche. El recuerdo de todo lo ocurrido le hizo dar vueltas y más vueltas en la cama sin que lograse conciliar el sueño. Y como suele ocurrir, al amanecer se quedó dormido.

Pero no iba a descansar mucho tiempo. El agudo repiqueteo del teléfono comenzó a sonar a intervalos regulares y Joe con los ojos cerrados buscó a tientas el micro. Lo agarró al fin y lo aplicó a su oído.

-Aquí Murray -murmuró fastidiado.

-Soy Barton -sonó una voz ruda al otro lado del hilo-. ¿Me escucha bien, Murray?

Joe al sentir aquella voz se sentó de un salto en la cama.

-A la orden, señor. Le escucho.

-Va a venir aquí inmediatamente.

-Bien, señor. ¿Dónde he de ir?

-Hotel Victoria. Rue Dupont, 473. Le espero aquí dentro de quince minutos.

-Lo intentaré, señor.

-Le espero, Murray -fue la seca y perentoria orden de Barton.

-A la orden.

Esperó oír el «clep» del micro y tan pronto lo escuchó, colgó y saltó ligero al suelo. ¿Qué le ocurriría al duro coronel Barton para tener tantas prisas? ¡Quince minutos! -pensó malhumorado.

Penetró a todo gas en la ducha y se remojó someramente. Secándose aún con una mano, enchufó con la otra la maquinilla y se rasuró casi sin mirarse al espejo. Peinarse y vestirse le costó un par de minutos, y tan pronto hubo calzado sus pies, agarró la chaqueta y abandonó el departamento, bajando a saltos la escalera de su deslucida caída. Ya en el vestíbulo, enfiló la puerta con un brazo metido en la manga de la chaqueta y el otro pugnando por encontrar la abertura de la otra manga. Por fin lo consiguió cuando se encontraba ya en la calle. La voz de un botones le llegó.

-¿Le ocurre algo, señor?

-Tengo prisa y necesito un taxi.

-¡Allá viene uno! -y el despabilado chiquillo corrió por la acera dando un silbido.

-¡Gracias, chico! -gritó Joe arrojándole una moneda que el otro atrapó

en el aire.

Se coló en el interior del auto y dio las señas.

-Tengo mucha prisa. Corra, por favor.

El taxista, un bigotudo parisién, pisó el acelerador, y el Citroen corrió a buena marcha. Momentos después se detenía ante la puerta de un hotel de magnífico aspecto. Joe alargó un billete y salió disparado.

-¡Eh, mister! El cambio -gritó el conductor, agitando en la mano el billete.

-Para usted -contestó Murray ya desde lejos.

-¡Oui! -afirmó satisfecho el taxista.

Pero Joe Murray ya no le oía. Penetró a paso de carga en el hotel y se encaró con el empleado que le salió al paso.

-¡Coronel Barton!

-Primer piso. Departamento 42.

Corrió escaleras arriba ante la suspicaz mirada del empleado, que no tuvo tiempo de oponerse. Ya en el pasillo de arriba, un largo corredor flanqueado de puertas cerradas le hizo detenerse para ver los números.

Aún anduvo varios pasos hasta detenerse ante la puerta marcada con una brillante cifra encima. Tocó con los nudillos y miró su reloj. ¡Doce minutos! Respiró aliviado y empujó la puerta obedeciendo la invitación que desde dentro se le hacía para entrar.

Un hombre alto y fornido, de rostro surcado por múltiples arrugas y cuyos cabellos comenzaban a encanecer, le miró duramente. Estaba en mangas de camisa y tenía en la mano un pliego que agitaba con manifiesto malhumor.

-A la orden, señor -articuló Murray desconcertado ante la actitud de Barton.

-¿Quiere decirme en qué clase de líos se mete, comandante Murray? -sonó la voz seca del coronel.

-¿Líos? -exclamó sorprendido el piloto.

-Hay millares de mujeres en París con las que divertirse y pasarlo bien y se va a meter con una rusa.

-Pero yo, señor... -comenzó a decir Joe.

-¡Lea eso! -le interrumpió Barton alargándole el pliego que tenía en la mano.

Lo tomó el comandante y comenzó a leer. Conforme sus ojos recorrían las líneas mecanografiadas, una rabia sorda le fue invadiendo. Al terminar, levantó la vista y la fijó en su superior.

-Esto es una falsedad, señor.

-¿Falso, Murray? -se disparó el otro-. ¿De modo que es falso que atosiga a esa mujer y que la molesta a todas horas con sus impertinencias? ¿Es falso que anoche provocó usted en el hotel un incidente lamentable y ridículo? -y la voz del coronel Barton se iba haciendo por momentos más dura-. ¿Y es también falso que esa muchacha, para defenderse de usted, le arrojó por las escaleras? ¡Lo vio todo el mundo!

-Eso último es cierto, señor -respondió Murray que intuía la enorme tormenta que se acumulaba sobre su cabeza.

-¿Y lo demás, no? -increpó violento el coronel.

-Sólo en parte, señor.

-Precisamente se ha ido a meter con la persona que menos nos conviene. ¿Sabe quién es esa mujer?

Como Joe se alzara de hombros, el coronel Barton prosiguió:

-Es la pluma más violenta y mordaz del periódico «Pravda». Especializada en asuntos espaciales y nuestra más contumaz detractora. ¡Y usted, comandante, le ha proporcionado material abundante para un año de sátiras y desprecios a todo lo americano!

Murray hubiera querido que en aquel momento se le tragara la tierra si ello fuera posible. Pero, por otra parte, veía que aquel informe estaba falseado. Hasta la forma rápida de llegar a manos de Barton le decía que «algo» empujaba aquello en contra suya.

-Le ruego, señor, que me escuche -comenzó a decir Murray.

-¡Ya lo hago! Diga lo que sea.

-He hablado con esa rusa tres o cuatro veces y nunca le he dado motivo para una cosa así. Anoche me dirigía a visitar al profesor italiano Pavicini y en la escalera me la encontré. Yo sabía que ella venía de verle y en broma le pregunté por ello. La contestación fue un empujón. Estaba de espaldas a la escalera y perdí pie, rodando hasta el vestíbulo. Esa es la verdad.

Barton se le quedó mirando serio y callado. Conocía bien a Murray y le había costado trabajo admitir lo que el informe decía. Pero el hecho cierto era que con más o menos mala intención el asunto se había deformado para

presentar a la rusa como una víctima del americano. El semblante de Barton se dulcificó en lo que podía dulcificarse aquel rostro arrugado.

-Lo siento, Murray. Pero tiene que hacer las maletas y largarse a casa. Quitarse de en medio es lo mejor ahora.

-Pero el caso es, señor, que voy a quedar como lo que no soy -protestó Joe.

-Eso ya no tiene remedio, ¡Haga las maletas!

-Bien, señor. Ahora deseo hablarle de otro asunto -se resignó el piloto de mala gana.

Como Barton hiciera un movimiento de impaciencia, Joe explicó:

-Se trata del profesor Pavicini.

-Hable.

-Solicité de él una entrevista fingiéndome corresponsal de un periódico americano.

Ante la sorprendida mirada del coronel Barton, Murray aclaró:

-Me interesó la conferencia de ayer y solicité de él unas declaraciones en exclusiva, pero la rusa esa de «Pravda» se me había anticipado.

-Bien, siga Murray -concedió Barton que no comprendía donde iba a parar su subordinado.

-Celebré la entrevista anoche, después del incidente. Lo que me dijo me pareció tan fantástico que, de ser cierto, ese profesor ha dado con algo de un interés tan extraordinario que revolucionará la técnica de los vuelos espaciales.

-Le tomaría el pelo, Murray. Ayer no dijo apenas nada de nuevo, aunque admito que parece enterado.

-Habló de un vehículo completamente distinto de lo que conocemos hasta la fecha, que se puede conducir a voluntad por el espacio y de un combustible también nuevo.

-Usted no es un neófito, Murray. ¿Vio algo verdaderamente cierto en lo que dijo ese italiano?

-Creo que sí, señor. Le pedí que no divulgase sus conocimientos con la intención de atraerlo a nuestro lado, pero como a mí, había hablado a la rusa antes. Si hay algo de cierto, ya lo saben los soviéticos.

-¡Diablo! Estaría bueno que... -exclamó Barton pensativo.

-En la conferencia de hoy dará a conocer su descubrimiento. Dice que

quiere beneficiar a todos por igual.

Guardó silencio Murray. Sus ojos castaños espiaban atentos el rostro del coronel. Este se golpeaba suavemente sus fuertes dientes con los nudillos, gesto característico en él cuando reflexionaba. Pareció tomar una decisión y dirigiéndose a Joe explicó:

-Lo que me acaba de decir es muy interesante, si resulta cierto. Pero Pavicini puede estar equivocado. Sólo es un teórico.

-Me enseñó una cartera enorme, donde aseguró guardar documentos y planos.

-Bien, veremos esta mañana en qué para su famoso profesor.

-¿Puedo quedarme, señor?

-Sí, muchacho. Pero después de la conferencia, a casa. Puede tomar el avión de la tarde -concedió Barton con una mueca que equivalía a una sonrisa.

-¡Gracias, señor! -respondió Murray alegre.

* * *

La sala de conferencias presentaba aquella mañana un aspecto inusitado. El aburrimiento de los congresistas había sido sacudido por una nota distribuida a la entrada, en la que se anunciaba que el profesor italiano Orlando Pavicini iba a continuar su disertación y prometía revelaciones sensacionales.

La curiosidad, el escepticismo y el malsano deseo de ver fracasar a un teórico «pasivo» hicieron que la concurrencia se animara.

Cuando Joe Murray penetró en la sala, su mirada se dirigió al lugar que habitualmente ocupaba Tatiana Novogorichenka. Pero el sitio estaba vacío. Sin saber por qué, esta ausencia le inquietó.

No pudo pensar más en ello. A su lado pasaba Pavicini, que le dedicó una ligera sonrisa y siguió su camino hacia el estrado. Le contempló de espaldas andando con su paso menudo y apretando bajo su brazo la abultada cartera y casi flotando su blanquecina cabellera de músico eminente o chiflado sabio.

Iba solo Pavicini y esto extrañó a Joe. ¿Dónde estaría el apuesto secretario Mario Macaronni? Miró de nuevo al sitio vacío donde se sentaba la periodista rusa y recordando las palabras del secretario, un sentimiento de despecho le acometió.

-¡Deben haberlo pasado en grande para dormirse! -pensó.

¿Pero qué le importaba a él aquello? Prestó atención al estrado donde el profesor acababa de aparecer. Unos tibios aplausos le acogieron y se hizo un silencio expectante. Cada cual se encasquetó los auriculares de los traductores y Pavicini comenzó a hablar.

Conforme el italiano avanzaba en su conferencia, el interés crecía. Joe comprendía que aquel hombre de rostro enjuto y cuerpo alargado estaba revelando el secreto de sus investigaciones. Dirigió la vista al grupo de científicos americanos y los pudo ver serios y sumamente atentos.

-Y ahora, queridos colegas -prosiguió Pavicini-, voy a demostrar con documentos que mis teorías son realizables. Voy a repartir a las delegaciones de todos los países mis estudios, anotaciones y planos. Quiero que toda la humanidad se beneficie por igual. Mi deseo más ferviente es que cesen las rivalidades, las luchas por la supremacía espacial. A partir de ahora, todos los pueblos podrán construir sus vehículos espaciales y lanzarse a la exploración con la seguridad de que tripulantes y vehículos podrán regresar, después de llegar hasta donde su valor les permita. La autonomía del vehículo planeado por mí, no tiene límites.

Guardó silencio Pavicini. El millar largo de personas asistentes a la conferencia parecían suspensos por la emoción de las últimas palabras del orador. Joe le vio inclinarse y levantar luego la conocida cartera. La mantuvo en alto unos segundos y después, despacio, comenzó a deshebillar las correas.

En medio de un silencio absoluto, Orlando Pavicini metió la mano en la cartera y extrajo de ella un grueso fajo de papeles... de periódico. Todos vieron cómo palidecía y la voz aguda del profesor se escuchó angustiada:

-¡¡Me han robado!!

Un murmullo se levantó en el salón. Al poco una voz gritó:

-¡Loco, farsante!

A esta exclamación de desprecio, siguieron varias risas y lo que segundos antes era un auditorio atento y emocionado, se convirtió de repente en una masa de vociferantes individuos que increpaban y reían.

Murray, como los demás, se sintió decepcionado. Desde su butaca no quitaba ojo de la figura de Pavicini y le vio muy pálido, agarrotadas las manos a la barandilla del estrado. De pronto, el profesor se llevó una mano trémula a la garganta y sus ojos parecieron desorbitarse. Vaciló un momento y se desmoronó al fin sobre la tarima del estrado, arrastrando tras sí la cartera vacía

y el legajo de periódicos que se desparramaron por todas partes.

Sin saber por qué, Joe Murray se vio corriendo hacia el estrado. Subió de un salto los tres escalones y llegó junto a Pavicini al tiempo que dos ordenanzas de galoneadas libreas se inclinaban sobre él.

-¡Profesor! -llamó Murray.

Pero los murmullos y exclamaciones de los asistentes a la asamblea, dichos en veinte idiomas, cobraban tal intensidad, que no era fácil entenderse allí.

-¡Ayúdenme! -gritó Joe perentorio.

Los dos hombres de uniforme obedecieron y alzando del suelo el inerte cuerpo de Pavicini, lo trasladaron entre disparos de «flashes» y enfoques de cámaras a una habitación contigua.

-¡Un médico y que no entre nadie!

Dijo esto Murray con tal tono de autoridad que sin un comentario los hombres se pusieron a la puerta. Pronto apareció un médico y con él varios congresistas. Después de reconocerle, el galeno anunció:

-Aún vive, pero durará minutos. ¡Ataque al corazón!

-¿No se le puede trasladar? -preguntó Joe.

-No. No llegaría vivo a la puerta de la calle.

Siguió un silencio pesado y largo. La figura escuálida del profesor Pavicini pareció removerse y abrió los ojos. Su mirada mortecina se fijó en el rostro de Joe y una mueca entreabrió sus labios.

-¡Aquí, muchacho! -murmuró con voz desfallecida, señalándose el pecho.

-¡Mi cartera, aquí!

Joe comprendió y buscó en el bolsillo de la chaqueta. Sus dedos tropezaron con una delgada cartera de piel y la extrajo mostrándosela al profesor.

-¡Para ti, ami... go! -murmuró quedamente.

Sus ojos se tornaron vidriosos y un ronco estertor le acometió, para cesar a los pocos segundos.

-¡Ha muerto! -anunció el médico tras un somero examen.

CAPÍTULO III

En el departamento del Hotel Victoria que ocupaba el coronel Barton se encontraban reunidas tres personas. Una era el propio Barton, otra el comandante Murray y la tercera un hombre de porte atildado, como de unos cincuenta años y de mediana estatura. Una calva que le llegaba de la frente a la coronilla adornaba su cabeza, y gruesas gafas de montura de oro cabalgaban sobre el caballete de una nariz ganchuda, de neto corte semítico. Se trataba nada menos que del científico norteamericano Wolfret, una de las lumbreras mundiales de la ciencia espacial.

-¿Cuál es su opinión sobre todo lo que ha oído, señor Wolfret? -inquirió Barton.

-Confieso que al principio, como casi todos, era escéptico. Ahora sospecho que puede haber algo de verdad. El aparente robo y la desaparición del secretario y la periodista rusa, de que ustedes me hablan, son hechos muy extraños.

-¿Habrá inducido esa mujer al secretario de Pavicini a robar los documentos? -preguntó Barton.

-Todo puede ser. Claro que esos papeles pueden o no pueden tener valor. La teoría expuesta por el profesor italiano tiene que ser experimentada. Pero sin los documentos no hay posibilidad de hacer nada.

-¿Dice que le regaló la cartera? -preguntó el coronel a Murray.

Éste, que permanecía callado y pensativo, afirmó:

-Sí. Fue lo último que dijo. Me mandó sacarla del bolsillo y cuando la enseñé, expresó su deseo de que me la quedara.

-¿La ha examinado? -preguntó Wolfret con repentino interés.

-No se me ha ocurrido.

-¡Hágalo, comandante! -animó el científico.

Obedeció el piloto y puso sobre la pequeña mesa que los separaba la cartera, de un cuero brillante y oscuro.

La abrió. Contenía algún dinero en moneda francesa y un par de miles de liras italianas. Algunos papeles personales y una fotografía de una mujer de edad. Hurgó en los departamentos y como escondida en uno de ellos apareció una pequeña llavecita plana, envuelta en una funda de celofán transparente.

A través del celofán, Joe leyó el grabado de la llave, escrito en francés. «BANCO EXTERIOR ITALIANO. Calle de la Paz, 107. Caja nº

1.021».

-Esa llave parece de una caja de alquiler -comentó Wolfret.

-¡Diablo! -exclamó Murray-. A ver si Pavicini guarda algo interesante en ella.

-Es preciso verlo cuanto antes -opinó Barton animándose.

-Calma, señores -intervino Wolfret-. Antes de ir allá debemos pensar. ¿Qué puede haber inducido a Pavicini a alquilar una caja fuerte en un banco de París?

-Podría tener algo que quisiera asegurar contra un posible robo -opinó Barton.

-Ese algo tendría que ser muy interesante. ¿Dinero? No lo creo. En el hotel pudieron guardarle todo el que quisiera.

-Puede ser entonces algo relacionado con sus estudios. Papeles, planos...

-Sí -afirmó Wolfret muy pensativo-. Puede ser eso. Una copia o la versión original de sus famosos documentos.

-Entonces, vamos. Creo que debemos hacerlo antes de que la noticia de la muerte del profesor sea del dominio público -decidió Barton.

-Creo que debemos ir en un taxi. Nuestro coche americano es muy llamativo.

-Esto se está poniendo como una novela de espías y todo eso -bromeó Murray levantándose.

-Puede que acierte, comandante -sonrió Barton-. Pero en este caso la espía y el traidor ya sabemos quiénes son. Ya no tiene interés.

Un coche de alquiler los llevó al banco. Ya en la puerta, Wolfret desconfiando advirtió:

-Sugiero que entre uno de nosotros con la llave. Los otros dos le seguirán vigilantes.

-¿Ha tomado en serio lo de los espías? -rió Barton.

-Escuche esto, coronel. Pavicini alquila una caja fuerte. En ella guarda lo que sea, pero en la cartera no aparece ningún resguardo, contrato o documento de la operación con el banco que facilita la caja. Y sin embargo, es lógico que tuvieran que dárselo. ¿Ese resguardo estaría en la cartera de los documentos?

Barton y Murray miraron indecisos a Wolfret. Éste continuó:

-Si de verdad robaron los documentos, también se llevarían el contrato o resguardo del banco que estaría en la cartera grande de Pavicini. Por lo tanto, quienes sean, saben que existe la caja de alquiler. ¿No es lógico suponer que vigilan esa caja?

-Tiene lógica su razonamiento -asintió Barton admirado-. Empiezo a pensar que esa caja es interesante.

-Oiga, señor Wolfret. ¿Por qué no se hizo detective en vez de estudiar astronáutica? -preguntó Murray divertido.

-¿Quién entra? -decidió Barton.

-Déjenme a mí arrostrar esa peligrosa misión -pidió Murray cómicamente.

-Entre y salgamos ya de dudas -accedió Barton-. Nosotros no le perdemos de vista.

Joe echó un vistazo a la puerta del banco y se metió decidido por ella. Un gran salón con un mostrador rodeando la pared, fue lo primero que vio. En un ángulo percibió una escalera y atravesando por entre las personas que allí había, se dirigió a ella.

La escalera tenía dos tramos. Uno que subía y otro que llevaba al sótano. Indeciso, Murray se paró. Al momento, un hombre galoneado le preguntó:

-¿Dónde desea ir, señor?

Por un instante, Joe exhibió la llave en la palma de la mano. El ordenanza, un poco sorprendido, pero amable, indicó:

-Abajo. Corredor de la derecha.

-Gracias -respondió Joe lacónico.

Bajó sin mirar atrás. Sabía que le seguirían, y esto le daba cierta tranquilidad. Llegó al piso bajo y se orientó. Un largo corredor, bien iluminado, le mostró en una de las paredes unas largas filas de pequeñas cajas empotradas, todas iguales y numeradas.

Buscó sin prisa hasta encontrar la que tenía el número 1.021. Cuando la tuvo ante sí, sacó la llave del bolsillo y la introdujo en la cerradura. En aquel instante sintió pasos en la escalera y se dijo que Barton y Wolfret bajaban. Abrió al fin la caja y casi sin mirar, metió la mano en ella. Sus dedos tropezaron con un pequeño paquete y sacándolo lo sepultó en su bolsillo. Lanzó una mirada al interior para convencerse de que no quedaba nada y

cerró.

Lanzando un suspiro de alivio se volvió para salir y fue entonces cuando percibió la figura de dos hombres que no eran ni Barton ni Wolfret. Llegaban deprisa y se arrimó a la pared esperando que pasaran. Uno de ellos lo hizo, pero el otro se rezagó y cuando Joe intentó avanzar se encontró entre ellos.

Comprendió instantáneamente que estaba cazado. Se aprestó a luchar. Sus compañeros no podían estar lejos y aparecerían de un momento a otro. Ya el hombre que tenía más cerca cargaba contra él sin ningún disimulo y Joe le esquivó, cayendo sobre el otro. Fue tan fulminante el puñetazo propinado por Murray, tan inopinado, que el hombre, que no esperaba tal reacción, se tambaleó.

Con el deseo de abrirse paso hacia la escalera, Murray saltó sobre el hombre que acababa de pegar, pero un fuerte golpe en un hombro le paralizó de dolor. Rabioso, con los dientes apretados para no gritar, se volvió a medias haciendo un molinete con el brazo y su puño tuvo la suerte de acertar bajo la oreja en un mazazo brutal. Crujió la mandíbula de su agresor y el hombre, por efecto del impacto, rebotó con la cabeza en la dura chapa de acero de la puerta de una de las cajas de la pared.

La lucha se desarrollaba silenciosamente. A ninguno de los contendientes interesaba hacer ruido y que otros extraños intervinieran. Para Joe Murray, escapar con el paquete de Pavicini suponía la mayor ambición del momento. Para sus agresores, apoderarse de él debía constituir su objetivo.

El desenlace tenía que ser rápido y Murray atacó decidido al hombre que le interceptaba el paso hacia la escalera. Sabía que por el momento uno de sus agresores estaba fuera de combate, con la mandíbula rota o desencajada y pensó que luchar con uno solo ya sería otra cosa. Pero el hombre que tenía enfrente era alto y robusto y no parecía muy decidido a dejarse ganar la partida.

Joe atacó fieramente. Con los puños por delante se volcó sobre su desconocido enemigo y el choque fue brutal. Sin proferir palabra, uno y otro encajaron golpe tras golpe asestados con ciega furia. El tipo era duro y resistía, buscando a su vez la decisión a su favor. Hubo un instante en que el americano tuvo a su alcance el costado de su enemigo y le fulminó de un izquierdazo.

Resopló el otro y por un rapidísimo instante abrió la guardia. Esto le bastó a Joe para largar su derecha a la cara del hombre que recibió el impacto en plena nariz, torciéndose su cabeza atrás violentamente.

La ocasión era única y Murray no la desaprovechó. Antes de que su agresor pudiera darse cuenta de lo que se le venía encima, había encajado un terrible golpe bajo la mandíbula, que acabó de arrojarle contra la pared. A continuación y de manera fulmínea, la derecha de Joe se hundió en el estómago de su antagonista que se replegó, gruñendo dolorosamente, dejando un buen trecho libre entre él y la pared.

No esperó a más el americano. Dio un salto por delante del hombre y corrió con toda la ligereza de sus piernas a la escalera, que subió de grandes zancadas hasta su mitad. Luego se paró, se alisó el pelo, enderezó su corbata y, dando un estirón a la chaqueta, subió aparentando tranquilidad.

Ya arriba, buscó con la vista al coronel. Le vio junto con Wolfret tratando de explicar algo a un ordenanza. Pasó cerca de ellos y, cuando se percató de que le habían visto, enfiló la calle. La luz del sol le hirió en los ojos y se apartó junto a la pared. Fue un momento de intranquilidad en el que temió ser atacado por algún cómplice de los de abajo.

Pero no pasó nada. Al fin, aparecieron sus compatriotas y Joe empezó a andar despacio. Cuando se le unieron, Barton venía furioso.

-¡No pudimos bajar! Ese majadero de ordenanza nos lo impidió -barbotó, sofocado.

-¿Lo ha conseguido? -preguntó Wolfret.

-Sí, lo tengo. Pero me atacaron.

-¿Qué dice, Murray? -se sorprendió Barton.

-Creí que eran ustedes los que bajaban, pero fueron dos tipos duros. ¡Ha sido una buena pelea! Pero pude sacudírmelos de encima.

Habían comenzado a andar y, de repente, Joe se detuvo en seco. Como respondiendo a sus propios pensamientos, exclamó:

-¡Oiga, Wolfret! ¡No eran rusos!

-¿Cómo lo sabe?

-Ahora me doy cuenta. ¡Eran amarillos y con los ojos oblicuos!

-¿Chinos? -se extrañó el coronel.

-Creo que sí. Pero, entonces...

Se volvió Murray mirando atrás. Luego precipitadamente, metió la

mano en el bolsillo y sacando el paquete lo arrojó a Wolfret.

-¡Tómelo! Tengo que hacer.

Lo tomó éste en el aire, mientras Joe cruzaba a la carrera la calle.

-Oiga, Murray, ¿qué pasa ahora? -gritó Barton.

Pero ya el comandante se había colgado de un taxi que pasaba despacio y gritaba al sorprendido conductor.

-¿Ve aquel coche verde que dobla la esquina?

-Sí. Pero, ¿qué forma es ésta de tomar mi coche, señor?

-¡Sígalo! -y para reforzar su orden arrojó un puñado de dólares a las rodillas del asombrado taxista.

-«¡Oui!» -asintió el conductor, pisando el acelerador ante tal expresiva liberalidad.

Dos manzanas más lejos, la figura de un pequeño coche verde, de marca francesa, rodaba delante de ellos. Joe se agazapó cuanto pudo y observó. Dos hombres lo ocupaban y el americano los reconoció. ¡Eran ellos!

-¿Es ese, señor? -inquirió el taxista señalando el coche que llevaban delante.

-Sí, pero no me interesa que se percaten que vamos tras ellos.

Siguiendo al coche verde, atravesaron uno de los puentes sobre el Sena. Penetraron en uno de los viejos barrios parisinos y el conductor, como si estuviera habituado a aquella clase de trabajo, no perdía de vista al coche que seguía. Al fin, le vieron parar ante una casa de tres plantas y le pasaron delante. Vio Joe cómo se apeaban los dos hombres, que reconoció, y cómo uno de ellos llevaba un pañuelo en la cara.

-Tuerza en la primera esquina -ordenó al taxista.

Escribió Murray una dirección y un nombre en una tarjeta y acompañada de un billete de diez dólares, se la tendió al taxista.

-Si dentro de un rato no he venido, llame a ese número y a ese nombre. Que vengan a buscarme a la casa donde se han metido los del coche verde.

-¿Se va a meter en un lío, señor? -preguntó el taxista, inquieto.

-No se preocupe. Es una reunión de amigos -rió Joe.

-Bueno. Esperaré un cuarto de hora.

Saltó Murray a la acera. Desanduvo el camino doblando la esquina y vio el coche ante la puerta de la casa. Decidido a llevar a cabo su idea se

adelantó hasta ella y antes de penetrar en el portal volvió la cabeza, percibiendo en la esquina que acababa de abandonar la figura del taxista que le miraba.

-¡ Por lo menos, alguien sabe dónde me meto! -murmuró Murray.

El portal era pequeño y lóbrego. Tenía dos puertas y una escalera. ¿Por dónde empezar la búsqueda? Decidido a examinar todas las puertas por si en alguna encontraba algún indicio, comenzó a subir las escaleras. Pero, ¿qué es lo que buscaba Murray allí?

Ante la sospechosa desaparición de la periodista rusa y el secretario de Pavicini, tanto el comandante Murray como el coronel Barton creyeron encontrarse ante un claro y descarado robo por parte de Mario Macaronni. Pero el ataque de los hombres amarillos a Joe le hizo sospechar que podía ser otra la mano que movía aquella trama del robo de los papeles del profesor italiano.

Esta sospecha llevó a Joe Murray a colegir que la desaparición de Tatiana y Macaronni ya no aparecía tan clara. ¿Por qué desaparecer la chica rusa atrayendo hacia sí unas posibles sospechas? El recuerdo del informe facilitado a Barton y en el que tan claramente se trataba de perjudicarle, le espoleó. Y el deseo de un posible encuentro de los papeles robados le animó a meterse donde fuera necesario.

Había subido al primer rellano y tanteó las puertas. Pensó en llamar y mientras discurría qué disculpa daría al que abriera, sintió un ruido tras una de ellas y corrió escaleras arriba para agazaparse en la oscuridad.

Apenas se había aplastado tras el primer recodo, la puerta se abrió y la luz del interior iluminó la figura de un hombre corpulento. Joe, asomando la cabeza por encima de la barandilla, le vio salir y cerrar tras sí. Le reconoció instantáneamente. ¡Era uno de los que le atacaron en el banco!

Alegre por la suerte que había tenido para localizar la casa de aquellos hombres, esperó unos instantes. Bajó despacio y ya en el rellano tanteó la puerta que no le pareció muy sólida y, decidido, retrocedió. Tomó impulso y se lanzó contra ella como una catapulta. Sus buenos noventa kilos de peso se estrellaron contra la débil puerta que crujió lastimosamente. Repitió la operación Joe, sin pensar en el recibimiento que le podrían dispensar desde dentro y la puerta saltó, roto el tablero central y arrancada de cuajo la cerradura.

Aquello había durado unos segundos. Joe Murray se coló dentro. En la habitación pequeña y bien iluminada apareció un hombre de mediana estatura que le cerró el paso dispuesto a luchar. Joe ya estaba embalado y acometió sin titubear. Fue una lucha breve. Aquel hombre no era enemigo para Murray, pero era valiente y se opuso decidido a su antagonista. Largó Joe golpes que el otro encajó mientras retrocedía hasta la pared. Allí se defendió bravamente atizando a Joe en pleno rostro, pero pronto se abatió bajo los puños de hierro del piloto. Un instantáneo mazazo le dejó fuera de combate resbalando a lo largo de la pared hasta derrumbarse por completo en el pavimento con un sueño bastante profundo.

El ruido de una puerta al abrirse, puso en guardia a Joe y casi sin transición se encontró frente al hombre del banco. Su cara amarilla estaba grotescamente torcida y un lienzo atado por debajo de la barba le contenía la mandíbula desencajada o rota. Una baba sanguinolenta le caía por debajo de la boca torcida y sus ojos oblicuos aparecían saltones y desorbitados.

El hombre debió llevarse una sorpresa mayúscula al encontrarse con Murray, pero reaccionó con celeridad y mientras daba un salto de costado para esquivar la acometida de Joe, metió la mano en el bolsillo y ésta reapareció armada de una pistola.

El fogonazo del disparo y el alarido de dolor que lanzó el hombre amarillo, fueron simultáneos. Joe Murray, lanzado en plancha sobre él, le aplastó contra la pared, hundiendo su puño contra el estómago del contrario que, perdido el equilibrio, erró el blanco y no tuvo otra oportunidad para disparar.

Al primer golpe siguió un segundo a la cara, que bastó. El hombre, ya herido, no pudo soportar el nuevo castigo y con un grito de dolor se desplomó, soltando la pistola.

La recogió rápidamente Joe y sin perder tiempo corrió a la primera puerta que encontró. La abrió deprisa. En aquella habitación no había nadie. Una mesa y unas sillas eran todo el mobiliario. La abandonó y se dirigió a otra puerta, aquella por donde saliera su agresor.

Tampoco en ella había nadie. Apartando una silla de un puntapié, cruzó la estancia y se encontró ante una nueva puerta cerrada. Presionó el picaporte y la puerta cedió sin resistencia.

Una habitación grande, tenuemente iluminada por la luz de una

lamparita con pantalla azulada situada juntó a una cama, le permitió ver a Joe Murray las figuras de dos personas tendidas en un lecho grande y bajo.

Se acercó deprisa. Unos ojos negros y grandes, propiedad exclusiva de Tatiana Novogorichenka, le miraban asombrados. La joven rusa y el italiano secretario de Pavicini yacían juntos en el lecho, atados y amordazados. Joe Murray, que no perdía el sentido del humor aún en las situaciones más peliagudas, exclamó jocosamente:

- ¡Magnífico encuentro, señorita Novogo... eso!

Luego, muy deprisa, se aplicó a la tarea de desatarla. Cuando lo hubo conseguido, le quitó la mordaza y la joven respiró con fuerza. Con voz entrecortada, preguntó:

-¿Cómo nos ha encontrado?

-Soy aprendiz de detective -respondió Murray con una sonrisa.

Ella no contestó. Su rostro se cubrió de vivo carmín que Joe advirtió mientras se inclinaba sobre el italiano. Éste, rodeado de cuerdas por todas partes, presentaba el aspecto más lamentable de toda su vida. Le quitó primero la mordaza y casi se arrepintió de haberlo hecho. Apenas se vio libre de ella, Mario Macaronni comenzó a lamentarse:

-¡Estoy muerto! ¡Estoy deshecho! ¡Oh, «mamma»!

-¿Los atraparon aquí? -preguntó Joe sin hacer caso de las lamentaciones del italiano. Pero éste no pareció entender la pregunta y fue Tatiana la que contestó, un tanto airada:

-¿Qué se ha creído? Nos trajeron aquí.

-Bien, señorita. Acabe de desatar a su amigo. Yo tengo que buscar algo en esta casa y no puedo perder tiempo.

Salió de la habitación sin perder un instante y se dedicó a buscar por todos lados con la esperanza de encontrar en algún sitio los papeles de Pavicini. Todo fue escrupulosa y rápidamente registrado. Volcó cajones, tiró por los suelos todo cuanto le pareció que podría contener algo interesante y se cansó en vano. Cuando se volvió para penetrar de nuevo en la habitación donde estaban los dos prisioneros, percibió la figura de Tatiana apoyada en el marco de la puerta, que le observaba curiosa y atenta.

-¿Ya están preparados?

-¡Vámonos cuanto antes de aquí! -pidió ella por toda respuesta.

-¿Y su «amigo»? -preguntó Joe sarcástico.

Ella le miró unos instantes y pareció que se iba a disparar, pero se mordió los labios ostensiblemente y señaló el interior de la habitación.

-Dentro. No puede tenerse en pie.

-¿Qué le pasa?

-Le han pegado.

Murray comprendió en un instante. Aquellos hombres querrían saber el paradero de la llave de Pavicini. Sin entretenerse más, penetró en la habitación y encontró a Mario Macaronni intentando andar.

-¿Puede valerse? Tenemos que escapar de aquí antes de que sea más tarde.

-¡Me duele todo el cuerpo! -se quejó el italiano.

-Haga un esfuerzo y vamos.

Salió Murray seguido de Mario. Se les unió Tatiana y llegaron a la habitación que daba a la escalera. Allí estaban los dos hombres que dormían gracias al contundente anestésico proporcionado por Joe. La muchacha, al verlos, se sobresaltó.

-¿Muertos? -inquirió con voz alterada.

-Dormidos. Soy también aprendiz de boxeador -respondió Joe festivo.

Saltando por encima de los cuerpos ganaron la escalera. Ya en el portal, Tatiana se paró.

-¿Qué pasa? Vamos, no hay tiempo que perder-acució Murray.

-¡Oh! Es que... estoy medio desnuda -dijo ella poniéndose roja como una cereza.

Ninguno había reparado en tal cosa. Tanto la muchacha como el italiano iban desgarrados y rotos por todas partes. Tatiana enseñaba más de lo que ella hubiera querido y el natural pudor femenino afloraba al rostro encendido. Joe se despojó rápidamente de la chaqueta y se la tendió a la joven.

-Arréglese con esto. ¡Y vamos de una vez! -gruñó.

Pero ahora fue Mario Macaronni el que protestó.

-¿Cómo salgo así a la calle, «santa madonna»?

-¡Salga o quédese! -gritó Joe tirando de un brazo de Tatiana y echando a correr arrimado a la acera.

-¡Espere! ¡Oiga, espere! -gritó el italiano tras ellos.

-¡Al diablo! -gruñó Murray llegando a la esquina, llevando a

remolque a la muchacha. Al doblar el ángulo de la pared, percibió al taxi que se ponía en marcha.

-¡Taxi! -gritó Murray temiendo que se les escapase.

El conductor sacó la cabeza mirando atrás y al ver a Joe, en mangas de camisa y con la chica que corría detrás, descalza y enfundada en aquella chaqueta que le podía servir de gabán, abrió unos ojos como platos.

-¡Mon Dieu! -exclamó echando el freno.

Empujando a la muchacha dentro del auto, Joe aguardó unos segundos a que Mario Macaronni llegase a la carrera, muy sofocado, tratando de cubrir sus desnudeces.

-¿Ya no le duele nada? -preguntó Joe zumbón al ver cómo corría el otro.

-¡Me duele! Claro está que sí -respondió mientras se colaba en el taxi.

-¡En marcha, amigo! -ordenó el comandante saltando dentro a su vez.

Cuando el taxi se puso en marcha, el americano respiró aliviado. Había temido que por unos instantes de demora alguien les interceptara el paso. Preguntó al taxista:

-¿Mandó el aviso?

-Lo iba a hacer ahora, señor.

-Menos mal que llegamos a tiempo -murmuró Murray pasando la vista por la desastrada pareja.

Quedaron todos en silencio. Sólo se oía la entrecortada respiración de Mario, y Tatiana comentó:

-Le han pegado duro esos granujas. ¡Debe estar molido!

Joe le miró conmiserativo. Luego preguntó:

-¿Qué querían saber?

Como Mario no respondiera, la muchacha lo hizo por él.

-El paradero de una llave del profesor Pavicini.

-¿Lo dijo? -inquirió el americano.

-¡No! -denegó ahora el italiano con firmeza.

-¿Dónde los cazaron?

-Al salir de una sala de fiestas en un barrio apartado. Penetramos en un taxi que creíamos el nuestro. Allí había un hombre con una pistola -explicó Tatiana.

-Al principio creímos que formaba parte de la broma de los apaches

de la sala de fiestas y nos reímos. Pero aquel bestia me largó un revés que me obligó a comprender que iba de veras -gimió más que dijo el desmadejarlo Macaronni.

-¿Y luego? -quiso saber Murray.

-Nos llevaron a esa casa donde nos ataron. Comenzaron inmediatamente a preguntar por la dichosa llave -y Tatiana se cruzó más aún la chaqueta que le cubría, al sorprender la dirección de la mirada de Murray.

-Le maltrataron atrozmente, pero nada dijo -terminó ella.

-Me zarandearon cuanto quisieron y me amenazaron con algo vergonzoso. Luego se cansaron y nos dejaron atados.

-¿Eran chinos?

-¡Sí, malditos sean! -respondió Tatiana con rencor.

-Entonces -resumió Joe-, los documentos del profesor Pavicini fueron robados o debieron serlo ayer por la tarde, antes de que ustedes salieran a correrse su «juerguecita».

-¿Robados? -exclamaron al unísono los dos jóvenes.

-Sí. A Pavicini le robaron. Hoy por la mañana en la conferencia se enteró de ello. ¡Lo más grave es que el disgusto le ha costado la vida!

-¿Qué dice? -gritó Macaronni estupefacto.

-Ya lo ha oído. Pavicini ha muerto -repitió Joe.

-¡Oh, santa «madonna»! -gimió el italiano.

-Yo le asistí en los últimos instantes y aún tuvo tiempo para regalarme esto -y metiendo la mano en el bolsillo del pantalón extrajo una pequeña llavecita plana que mostró en la palma de la mano.

-¡La llave! -exclamó Tatiana.

-¡Yo moriré con tantas emociones seguidas! -murmuró Mario con voz ronca.

-Señorita Novogo... eso -manifestó risueño Joe-. Su comportamiento como espía deja mucho que desear. La seducción del secretario no ha tenido éxito. Los documentos del profesor italiano están ahora en manos de sus amigos los chinos, pero yo tengo los originales gracias a la llave.

Al oír esto, la joven rusa se irguió molesta.

-¿Qué majaderías está diciendo? -y sus ojos aquellos bellos ojos que tanto entusiasmaban a Murray, parecían despedir chispas.

-No haga una tragedia. Eso le ocurre a cualquier principiante-y la risa

alegre de Joe se escuchó burlona.

El taxi chirrió al parar y la puerta del hotel se ofreció a la vista de sus ocupantes. Saltó Murray a la acera y largó un billete al taxista.

-Olvídese de todo esto, amigo.

-Gracias, señor -miró el billete y sonrió-. Ya no me acuerdo de nada.

Joe ya no le escuchaba. Se había vuelto a Tatiana que, en pie en la acera, acababa de apearse y ante el asombro de la joven y de cuantos pasaban por la concurrida calle, se sintió levantada por los fuertes brazos del americano.

-La subiré en brazos por la escalera. Es el castigo por lo de anoche -explicó él.

Antes de que pudiera protestar, ya estaba entrando Murray por la puerta del hotel. Atravesó el vestíbulo despacio con la muchacha en brazos, despeinada y sin zapatos, embutida en aquella chaqueta que la tapaba como un fardo. Ante la expectación de todos los que en aquella hora ocupaban el vestíbulo del hotel, comenzó a subir lentamente la escalera, mientras ella, muy sofocada, se sentía impotente para separarse del pecho varonil. Tras ellos caminaba Mario Macaronni, al que muy pocos reconocían como el apuesto y atildado secretario de Pavicini.

Al llegar arriba, Joe depositó suavemente a Tatiana en el suelo. Antes de dejarla por completo, murmuró a su oído:

-¡Buena crónica para su periódico! -luego, burlón, articuló:- ¡Ruski... uf!

-Le agradezco mi rescate. ¡Pero es odioso! -y salió corriendo por el corredor.

CAPÍTULO IV

Seis meses más tarde, en la base norteamericana de Cabo Cañaveral, se hacían los últimos preparativos para el sensacional lanzamiento de un vehículo al espacio.

Después de los últimos acontecimientos ocurridos en París, el Congreso Espacial, por iniciativa de los americanos, acordó publicar fotocopias de los documentos originales del profesor Pavicini, sacadas del microfilm encontrado por el comandante Joe Murray en la caja de alquiler del Banco Italiano.

Los documentos robados a Pavicini no aparecieron, aunque todos sospechaban dónde habían ido a parar. La China comunista era un país demasiado extenso y sus hombres tercamente herméticos.

Los dos colosos de la Tierra adoptaron un acuerdo de principio. Construirían juntos dos vehículos espaciales semejantes y los lanzarían el mismo día. Después... quedaría roto el pacto.

El día había llegado. Los americanos en Cabo Cañaveral y los rusos no se sabía donde, tenían todo a punto. Muy de mañana, un inmenso gentío compuesto por cientos de periodistas, fotógrafos, operadores de noticiarios y televisión, tomaron posiciones a lo largo de la pista por la que, como un avión corriente, rodaría el cohete lunar.

Un cordón compacto de la policía militar, con sus cascos y correajes blancos, impedía que la pista fuera invadida. A las siete de la mañana, un «jeep» que transportaba a cuatro hombres equipados con trajes espaciales, atravesó el cordón policial, seguido por un automóvil. El circuito de altavoces dio la noticia.

-La tripulación del cohete lunar va a ocupar sus puestos. Como ya saben todos, está compuesta por hombres con experiencia espacial.

Un murmullo de expectación acogió estas palabras, que fueron retransmitidas por radio y televisión a millones de hombres y mujeres de todo el mundo.

-El jefe del cohete es el comandante Joe Murray, tan conocido y popular por sus vuelos anteriores y por la parte que tuvo en los sucesos de París. Actuará como piloto.

Un nuevo silencio y el locutor oficial continuó:

-Como copiloto volará el capitán Pat Morgan, de la Marina. El

navegante será el teniente Peter Wells y las transmisiones correrán a cargo del teniente Hank Wilkins.

Cuando volvió a hacerse el silencio, cientos de gargantas repitieron estos nombres que fueron del dominio público segundos después en toda la Tierra.

Entre tanto, la tripulación del cohete había llegado a su costado y saltó a tierra. La línea de policías uniformados que rodeaban el vehículo fue retirada y la conocida figura del coronel Barton, que llegaba en el auto, saltó al suelo y se encaró con Murray.

-Llegó el momento, muchacho. Espero que todo vaya bien.

-Claro, señor -asintió éste sonriente.

-¿Están listos?

-Sí.

-¡Pues arriba y que Dios os ayude!

La cara arrugada de Barton reflejaba una emoción que trataba de disimular con su característica brusquedad. Estrechó la mano de los cuatro hombres y saltó a su coche que rodó veloz, alejándose.

Los tripulantes del cohete se encaramaron por la escalerilla de aluminio al alargado vehículo que semejaba un avión con sus alas en delta. Ocuparon sus puestos y Murray se ajustó la escafandra. Todos le imitaron y el comandante, hablando por los intercomunicadores, pidió:

-¡Control!

-Todo correcto -sonó la voz del copiloto Morgan sentado a su derecha.

-¡Comunicaciones! -volvió a preguntar Murray.

- Listas, comandante -anunció el teniente Wilkins.

Desde aquel instante, una cámara de televisión captaría para el exterior los movimientos de los tripulantes del cohete, que eran retransmitidos por las redes de TV. a los teleespectadores del mundo. La voz de Barton se dejó oír desde tierra.

-Escuche, Murray.

-A la orden, señor.

-Acabamos de saber que los rusos han despegado hace siete minutos.

-Gracias, señor. ¿Puedo volar?

-Cuando quiera.

-¡Empieza la cuenta, Morgan! -ordenó el comandante.

La voz serena del copiloto empezó a contar:

-Diez... nueve... ocho... siete...

Joe Murray aspiró profundamente. Sabía lo que iba a ocurrir dentro de poco y se preparó. No es que fuese necesario contar como en los anteriores cohetes lanzados bruscamente desde una torre de acero, pero habían decidido hacerlo casi por tradición y por sincronismo con los controles de tierra. Morgan se aproximaba al final.

-Tres... dos... uno... cero.

Murray apretó el botón rojo que tenía al alcance de la mano. Se sintió un leve temblor en el cohete y este arrancó despacio.

Los espectadores escucharon por los altavoces la cuenta del copiloto. Un silencio general reinaba en el extenso campo y ni siquiera los locutores retransmitían. Todos sabían que el final de la cuenta coincidiría con la puesta en marcha del vehículo lunar, en el que cuatro esforzados hombres iban a emprender de nuevo la gran aventura de llegar a la Luna.

El silencio se hizo más denso. Diríase que cada uno de los presentes escuchaba los latidos de su propio corazón. En el altavoz sonó la palabra ¡Cero!

Cientos de ojos fijos en el cohete vieron cómo éste se movía igual que cualquier avión normal. Pero lo que sucedió después, sobrecogió el ánimo de muchos hombres hasta hacerles olvidar sus cámaras o sus micrófonos.

Quince segundos después de ponerse en marcha el cohete, una densa nube de gases blanquecinos pareció envolver su parte trasera al tiempo que un aullido agudísimo se propagaba por el aire. A los gases siguieron dos largas llamaradas azuladas y el aullido comenzó a hacerse ensordecedor.

El cohete, bruscamente empujado hacia adelante, se precipitó en una centelleante estampida, para casi de pronto elevar su morro y, describiendo una corta y cerrada curva, elevarse recto hacia el cielo dejando tras sí una estela de llamas y un ulular ensordecedor, pavoroso.

Los espectadores del despegue, parecieron reaccionar de pronto. Todos a la vez recobraron el uso de la voz. ¡Un hurra estentóreo, lanzado por cientos de gargantas, fue el premio unánime a la valentía de los astronautas!

Éstos, encerrados en la cámara del cohete, comenzaban a soportar las molestias de la presión, que terminaría en la ingravidez. Joe, con la vista fija

en el acelerómetro, veía correr la escala. A medida que ésta subía, marcando el aumento de velocidad, la terrible presión sobre el cuerpo de los astronautas se manifestaba más fuerte, más aplastante.

La escala llegó a marcar «8 g». Cada «g» era el equivalente a una «gravedad» que oprimía el cuerpo hacia abajo, hundiéndolo en el sillón anatómico que los soportaba con una fuerza igual al producto de su peso en condiciones normales, por tantos «g», de manera que Joe, que pesaba 90 kg., soportaba sobre sí un peso de 720 kg. en aquel preciso momento.

Al invertirse la posición del cohete, los tripulantes quedaron echados boca arriba. La fuerza de atracción terrestre, percibida de forma casi instantánea por la enorme velocidad adquirida, era una tortura física para los hombres que soportaban el peso aplastante de los «8 g».

De forma gradual la sensación de aplastamiento fue cediendo, hasta desaparecer completamente. La suspensión elástica de los sillones se fue levantando y Joe percibió el enorme alivio del paso a la ingravidez. ¡Su cuerpo ya no tenía peso!

En la pantalla de video, una gran esfera dorada por los rayos del sol les señalaba la Tierra. Su mundo, que acababan de abandonar. Joe llamó:

-¿Cómo estáis?

-¡Espléndido, comandante! -respondió la voz alegre de Wells.

-¡Es maravilloso, Joe! -manifestó el veterano Morgan, amigo entrañable del comandante.

-Tenía razón el pobre Pavicini -comentó Joe recordando la figura sencilla del profesor italiano

-Es un éxito completo este despegue, señor -comentó Wells.

-Lo es. Vamos, Wilkins, radia el parte a la Base.

Pasaron unos minutos en los que cada uno prestó la atención necesaria a su cometido. Todo marchaba a la perfección en aquel ingenio de la ciencia. La voz del navegante sonó por los intercomunicadores.

-Nos acercamos al punto de órbita satelital, señor.

-De acuerdo, querido navegante -rió Joe de buen humor-. Esto ya da gusto. Antes, uno solo por estas alturas se aburría.

El altímetro marcó los quinientos kilómetros de ascensión en línea recta. A tal altura estaba prevista la maniobra para entrar en órbita satelital alrededor de la Tierra.

En el momento justo Joe cortó motores. El cohete siguió volando a tremenda velocidad y luego se fue inclinando hasta ponerse horizontal, igual que estaba cuando comenzó a rodar por la pista de despegue. Habían entrado en la trayectoria orbital y volaban ahora circunvalando la Tierra.

-Esto marcha, Joe -comentó Morgan satisfecho.

-Ahora una sola vuelta a la «bola» y escapar para arriba otra vez.

-El coronel Barton está alegre, comandante comunicó Wilkins, sentado detrás de Murray.

-Trasmítele nuestros saludos.

-Atención al radar -intervino Wells.

La pantalla radar, situada frente a los navegantes espaciales, junto a la de video, señaló un pequeño punto en un extremo. Poco a poco, el punto luminoso se fue haciendo mayor a medida que se centraba.

-¿Serán los rusos? -inquirió Morgan.

-¡Seguro!

-¡Video! -anunció Wilkins.

La pantalla de televisión se encendió. Una pequeña mancha se dibujó en ella y se fue aclarando por momentos.

-¡Ellos son! -exclamó Joe.

-Vuelan en sentido contrario a nosotros -opinó Morgan.

Así era. Los rusos describían una órbita satelital paralela a la de los americanos, pero en sentido inverso. Se cruzarían a dos o tres mil metros de distancia, y a la misma altura de la Tierra.

En el video se percibía ya la figura del cohete soviético, que volaba raudo hacia ellos. Era igual al americano y en su «morro» llevaba pintada una enorme estrella roja.

-El comunismo a la Luna -rezongó Joe.

-A lo mejor tratan de sovietizar las piedras -comentó, festivo, Wells.

-Los rusos transmiten -anunció Wilkins.

Una voz clara y armoniosa se escuchó por los intercomunicadores. Hablaba un inglés correcto y parecía afectuosa.

-Aquí «Lunik» ruso. ¿Me escucháis?

A Joe al oír aquella voz le dio un vuelco el corazón.

-Pásame la comunicación del micro -pidió Joe precipitadamente. Cuando la tuvo, respondió al mensaje ruso.

-Escuchamos. ¿Cómo van las cosas por ahí?

-No preocuparos de nosotros. Estamos perfectamente -ahora sonaba la voz de un hombre.

-Lo celebro. ¿Lleváis una mujer? -inquirió Joe interesado.

-En la Luna lo sabréis. Allí os estaremos esperando -fue la respuesta del operador ruso.

-¿Esperando? -se disparó Joe.

-Sí, aprendiz de piloto. ¡Llegaremos nosotros antes! -y ahora la voz era inconfundible para Joe.

-¡Tatiana! -exclamó Murray estupefacto.

-Adiós, grandullón -se despidió la voz.

Los tripulantes del cohete americano, que habían escuchado la conversación radiofónica, quedaron suspensos.

-¿Quién es esa mujer? -preguntó Morgan.

-¡Mi pesadilla! -contestó Murray entre alegre y mohíno.

CAPÍTULO V

El vuelo se desarrollaba de forma normal. Después de una vuelta a la Tierra, la velocidad del cohete fue aumentando con la puesta en marcha de los motores y, una vez alcanzada la velocidad «de escape», el vehículo abandonó la trayectoria satelital para trazar otra parabólica que le llevaría a la llamada «frontera», o punto de anulación de las atracciones terrestre y lunar.

El cohete ruso, al volar en sentido contrario, emprendió el mismo camino, pero su trayectoria se distanciaba muchos kilómetros de la americana. La velocidad de crucero fue aumentando constantemente a medida que la atracción de la Tierra se debilitaba y fue dejada muy atrás la marca de 28.000 kilómetros hora alcanzada por los cohetes anteriores.

-Volamos como una centella -comentó Morgan mirando el velocímetro del tablero de instrumentos.

-Forzaremos la marcha al límite. Si podemos, me gustaría adelantar a los soviéticos -opinó Murray.

-Volamos en este momento a 40.000 kilómetros. No es conveniente sobrepasar esta velocidad -intervino el navegante Wells.

-¡Fuera motores! -ordenó Joe, comprendiendo la razón del prudente oficial.

Morgan desconectó los dos cohetes y el vehículo siguió como una brillante centella, surcando el espacio intensamente azu, en el que la lejana Luna se les aparecía iluminada por la luz del Sol.

-Si mantenemos esta velocidad hasta el límite posible, llegaremos a la «frontera» dentro de seis horas -pensó en alta voz el navegante.

-Me gustaría saber cuando llegarán los rusos -comentó Joe, obsesionado con la idea de llegar antes que ellos.

-Espere que haga unos números, comandante -pidió Wells.

Guardaron silencio, atentos cada uno a sus funciones. El radar les enviaba la señal del «Lunik» ruso, que seguía su rápido vuelo hacia el objetivo. Peter Wells, anunció:

-Nos llevan una ventaja de 10.000 kilómetros. Esto supone un adelanto de 15 minutos sobre nuestro horario.

-No me hace nada de gracia eso -refunfuñó Joe.

-Creo que aumentará esa ventaja, comandante.

-Explícate, Wells.

-Ellos van al encuentro de la Luna a «contra pelo». Ya sabe lo que eso significa, comandante.

-Sí. Entrarán en su órbita por delante. Se pondrán en el camino que ha de recorrer la Luna en su viaje constante alrededor de la Tierra.

-Eso acortará la distancia, pero corren el peligro de la tremenda aceleración de caída.

-No creo que pretendan tomar posesión del satélite al llegar los primeros -intervino Morgan

-De todas las maneras me hubiera gustado que fuésemos nosotros -resumió Joe.

Siguieron pasando las horas monótonas y tediosas. La velocidad se mantenía con una ligera variación en menos por la atracción terrestre que de manera suave, pero segura, frenaba al cohete. Llegaron al fin a la «frontera» a 38.000 kilómetros por hora y la cruzaron. El teniente Wilkins radió un mensaje a la Base dando cuenta de ello y mandando una serie de datos técnicos. Desde aquel momento la atracción lunar comenzó a «tirar» de ellos, acelerando su marcha.

El disco lunar, lejano, comenzó a crecer por momentos y se prepararon para la operación de frenado. La velocidad era endiablada y el velocímetro marcaba los 65.000 kilómetros hora en una caída vertiginosa hacia la Luna.

-Atención, Morgan. Reversión de motores -ordenó Murray.

-¡Listo! -asintió éste.

Invirtió el capitán Morgan la posición de una palanca en el panel de instrumentos y un indicador comenzó a señalar los 180° del recorrido de las toberas de los motores al invertir su posición. Cuando el indicador se paró, los motores apuntaban hacia atrás y el cohete caía como un meteoro al encuentro de la Luna.

-Vamos a 80.000 kilómetros, comandante -advirtió Wells, alarmado.

-Quiero sacar la ventaja que nos llevan los rusos. Entraremos en órbita 50 kilómetros más bajos que ellos y la vuelta a la Luna será más corta. ¿De acuerdo?

-Sí, comandante.

La operación era temeraria. La aceleración constante que experimentaba el cohete le hacía correr el peligro de estrellarse si ocurría un

fallo que impidiera entrar en órbita a la velocidad necesaria y extraordinariamente menor que la que en aquel momento llevaban.

Todos estaban tensos, con la vista fija en el velocímetro que se acercaba ya a los 90.000 kilómetros por hora. Morgan miró a Joe inquieto. El altímetro marcaba ya los 1.500 kilómetros de distancia a la superficie de la Luna y Murray no parecía dispuesto a frenar. En el radar, el punto luminoso que señalaba la presencia del «Lunik» ruso se había agrandado considerablemente. En el rostro de Joe Murray apareció una sonrisa de triunfo.

-¿A qué distancia están los soviéticos ahora? -pidió el comandante.

El eficiente teniente Wells midió la distancia por los reflejos del radar y anunció:

-Están a 5.000 kilómetros de la Luna.

-¡Frenado! -exclamó Murray contento.

Tres segundos fueron suficientes para que los dos cohetes del vehículo espacial entraran en funcionamiento. Largas llamaradas azules se percibían en la pantalla de video y, a no ser por los cinturones de seguridad, la tremenda fuerza de inercia hubiera estrellado a los cosmonautas contra las paredes de la cabina.

El frenado fue brutal. En diez segundos redujeron la velocidad en 20.000 kilómetros. Luego el velocímetro continuó descendiendo paulatinamente hasta llegar a los 18.000 y, ya en esta velocidad, Joe ordenó:

-¡Corta motores!

Las llamaradas azules desaparecieron en la pantalla de video y en ella se reflejó la superficie de la Luna. ¡Estaban tan sólo a 150 kilómetros de altura!

-¡Magnífico cacharro! -se admiró Morgan.

-¡Extraordinario! Ahora una vuelta y al suelo -resumió Joe.

Mientras Wilkins comunicaba a la Base dando cuenta de la nueva situación, Joe examinaba la desolada superficie lunar. Aquel desierto terrible, árido y sin vida, iba a ser alcanzado por primera vez por el hombre. ¡Y este hombre iba a ser un americano! Un sentimiento de legítimo orgullo le invadió. Alzó la cabeza y la pantalla de video le llevó la imagen del «Lunik» ruso que, como ellos, entraba en órbita satelital, pero mucho más alto.

-¡Hemos ganado la carrera, muchachos!-exclamó Murray contento.

Frenando suavemente, fueron perdiendo velocidad. Pasaron la barrera sónica y el velocímetro comenzó a marcar cifras muy bajas. Fueron sacados los alerones en delta y el tren de aterrizaje apareció en la panza del cohete. En un ambiente traslúcido, de claridad meridiana, el vehículo se fue acercando a la superficie. Vieron subir hacia ellos el terreno lunar y ya todo consistió en una maniobra de aterrizaje corriente.

El contacto se verificó con suavidad y, a los 800 metros de rodar, el cohete se detuvo. Hubo un instante en el que todos quedaron quietos. La emoción del momento los embargaba. ¡Habían llegado! Joe Murray rememoró la figura del profesor Pavicini.

-¡Gloria a ti, profesor! Tuyo es el triunfo.

Luego, decidido a afrontar la realidad del éxito, ordenó a Wilkins:

-Radia un mensaje a la Base con la hora exacta. Di que hemos llegado bien y que nos disponemos a salir al exterior.

-De acuerdo, comandante -respondió el radio muy alegre.

-¡Ahí están los rusos! -exclamó Morgan señalando la pantalla de televisión.

-¡Han llegado tarde!

El «Lunik» estaba tomando tierra a mil metros de distancia de donde ellos se encontraban. Era indudable que los rusos también habían realizado una hazaña al acortar la distancia que los separaba de los americanos en un espacio de tiempo tan corto. Así lo reconoció Murray y ordenó lo necesario para saltar a tierra.

Comenzaron a prepararse paya ello. Se adosaron a la espalda unos pequeños cilindros con oxígeno y se colocaron unos aditamentos en las plantas de las botas. Eran una especie de plantillas de acero con púas cortas, pero pesadas, para contrarrestar la pérdida de peso que suponía la menor gravedad lunar.

Entre tanto, el cohete ruso había rodado al costado del «Pioneer» americano y se había parado. Pasaron diez minutos en los que en ninguna de las dos naves pareció haber vida. Luego los rusos aparecieron por una trapa abierta en un costado del cohete.

Joe y Morgan, equipados los primeros, abrieron la escotilla. La luz brillante y cegadora de un sol que llegaba hasta ellos sin la cortina de la atmósfera que lo velase, les cegó en el primer momento.

Cuando Murray apareció en lo alto y se disponía a bajar, cuatro figuras vestidas casi como ellos esperaban al pie de la escalerilla. Ante la sorpresa de todos, una voz con inconfundible acento ruso, sonó por los intercomunicadores:

-¡Os saludamos, amerikanischien!

Joe Murray tragó saliva. Luego comprendió que tendría que decir algo y contestó al saludo:

-Correspondo a su saludo, «ruski».

Bajó sin más dilación, seguido por sus compañeros. Ya en el suelo, se sorprendió de lo poco que le costaba moverse y se adelantó al grupo de sus rivales, extendiendo la mano.

-Comandante Murray.

-Coronel Iván Petrovich Kagachenko -le respondió uno de los del grupo adelantándose y estrechando la mano que tendía Joe sin mucho entusiasmo. En aquel instante, Murray reconoció a Tatiana. Con la mano aún junto a la del coronel soviético, percibió un ligero fogonazo y volvió la cabeza. Uno de los astronautas rusos acababa de retratar la escena para la posteridad y este astronauta era la muchacha.

-¡Tatiana! -exclamó el americano adelantándose hacia ella.

-¡Te saludo, Joe! -sonó la voz alegre de la chica.

A través del transparente de las escafandras, se miraron riendo. Aún dentro de aquella coraza, le pareció guapa a Joe. La voz del coronel Petrovich le hizo volverse.

-¡En nombre del Gobierno de la Unión Soviética tomo posesión de la Luna para el pueblo ruso!

Lo dijo de un tirón. Con voz firme y reposada, como una lección bien aprendida. Joe Murray y sus compañeros quedaron mudos de sorpresa. Pero la reacción fue inmediata.

-¿Con qué derecho habla así, coronel? -casi gritó Murray indignado-. Nosotros llegamos los primeros.

-Aterrizaron unos minutos antes, pero no saltaron a tierra. Lo hicimos nosotros, en cambio, antes que ustedes -quiso aclarar el coronel.

-¡Eso es un subterfugio! Saben que les ganamos la partida a pesar de su adelanto en el viaje. ¡Y llegamos los primeros! -rebatió Joe enérgico.

-El interior de esa nave -respondió Petrovich, señalando al «Pioneer»-

es terreno americano. Mientras estuvieron ahí encerrados no pisaron la Luna. «No llegaron».

El comandante americano miró a sus compañeros. Como él, no parecían dispuestos a admitir las razones del ruso y se encaró de nuevo con su antagonista. Pero éste se había vuelto hacia uno de sus hombres y a una seña suya arrancó la envoltura de papel de un paquete, y apareció la tela roja de una bandera soviética.

Ante el mudo asombro de los americanos, los dos rusos extendieron la bandera en el suelo y mientras el coronel Iván Petrovich Kagachenko saludaba rígido, Tatiana tiraba fotografías desde diversos ángulos.

Todo aquello era más de lo que los americanos estaban dispuestos a soportar. Joe Murray comprendió que de no intervenir y neutralizar aquel acto, tendida que admitir el hecho consumado.

-Escuche, coronel -gritó Joe-. No admito en forma alguna sus palabras ni sus actos. A este planeta llegamos nosotros los primeros y...

-¡Esa bandera es el símbolo del dominio de mi nación sobre la Luna! -interrumpió colérico Petrovich.

-¡A la porra su símbolo! Contra él está nuestra presencia real y tangible para impedirlo.

Y, dando un salto, el comandante americano se encontró de pronto situado encima de la bandera, allí mismo donde un círculo blanco hacía destacar la hoz y el martillo.

El primer sorprendido por aquel acto fue el propio Joe Murray. Él había saltado con ánimo de situarse cerca de la bandera y recogerla. Pero no contó con que su peso en la superficie lunar había disminuido seis veces y que sus 90 kg. de peso terrestre sólo eran 15 lunares, mientras su energía era la misma.

Un grito de rabia se escapó de la garganta del coronel Petrovich y dio un paso en dirección del americano con la clara intención de arrojarlo de donde se encontraba. Pero el segundo paso no llegó a darlo. Una voz sonó por los intercomunicadores de todos los allí reunidos, que se volvieron asombrados, buscando a quien hablaba.

-No deben llegar a las manos los rusos y los americanos -la voz era burlona-. ¡Los dos llegaron tarde para conquistar la Luna!

-¡¡Allí!! -señaló Tatiana extendiendo el brazo en una dirección.

Todos vieron a un grupo de astronautas, con un equipo que difería poco del de los terrestres, que se acercaba a ellos. Morgan contó seis hombres, pero también, y como los demás, contó igual número de «metralletas» que les apuntaban.

-¿Quiénes son esos? -preguntó el coronel Petrovich estupefacto.

-Eso quisiera yo saber -respondió Joe Murray, «apeándose» de la bandera.

CAPÍTULO VI

A diez metros del grupo formado por los terrestres, aquellos hombres se detuvieron. Uno avanzó unos pasos y la voz chillona volvió a sonar.

-En nombre de la República Popular China, el general Chu-Ling os saluda.

-¡Chinos! -fue la exclamación general.

-¿Se sorprenden? -rió la voz-. Más se van a sorprender cuando sepan que estamos aquí hace un mes.

-Los planos robados a Pavicini -murmuró Tatiana, que no había perdido el tiempo, fotografiándolo todo como reportera innata que era.

-¿Qué pretenden con esas armas? -preguntó Petrovich irritado.

-Una simple precaución. Acabo de presenciar su disputa y me felicito de haber traído armas, coronel.

-Quedamos enterados de que llegaron primero. ¿Qué desean ahora? -preguntó Murray, tan irritado como el ruso.

-Es impetuoso el americano. Sobre todo cuando pisa la bandera soviética -y la risita aguda y molesta del chino se volvió a escuchar.

Joe se inclinó y recogió del suelo la bandera. Alargándosela a Petrovich, murmuró:

-No fue mi intención pisarla, coronel.

-Diplomática escena que la joven periodista debe fotografiar para la posteridad -rió Chu-Ling mordaz. Luego, con una repentina transición, ordenó brusco:

-¡Pónganse todos en fila delante de mí! ¡Listos!

Ante aquella orden inusitada, se miraron unos a otros. Pero los cañones de las metralletas inclinados en su dirección, eran lo bastante elocuentes como para alejar toda idea de rebeldía.

Maldiciendo en su interior y de mala gana se alinearon todos. Joe se situó junto al coronel Petrovich y Tatiana, provista de la cámara fotográfica, se arrimó a él. Cuando estuvieron todos en fila, el chino se acercó a ellos y fue palpándolos con cuidado en un minucioso cacheo. Al terminar, ordenó:

-Ahora, en marcha a nuestra base.

-¿Dónde nos lleva? -quiso saber Joe.

-Ya lo he dicho -respondió el chino con dureza.

-¿Y los cohetes? -protestó Morgan.

-No tema. Aquí no hay ladrones -y la risa desagradable del chino se dejó sentir en todas las escafandras.

-¡Excepto tú! -se disparó Murray, ciego de furor.

-Si se vuelve a mostrar insolente -habló duramente el chino- le haré un lindo agujerito en la tráquea de oxígeno. Ya sabe lo que eso significa -y levantó amenazador el cañón de la metralleta.

Comenzaron a caminar por la superficie lisa de aquel espacio lunar. Iban precedidos por uno de los chinos armados y la fila de prisioneros la flanqueaban los demás, atentos y dispuestos a utilizar las armas.

Durante más de una hora caminaron silenciosos. Joe, como todos los demás, comprendía que algo siniestro y desagradable les aguardaba. ¡Un mes de permanencia secreta en la Luna! ¿Qué pretenderían los chinos con ello?

Avistaron lo que el general Chu-Ling llamaba la base. Cinco cobertizos de chapa ondulada de brillante aluminio se alineaban en el liso suelo de una especie de circo montañoso, al que se entraba por una depresión lateral. Más allá, tres cohetes semejantes al ruso y americano estaban alineados frente a los barracones.

Ante la sorpresa general, Chu-Ling rió despectivo.

-¿No esperaban eso? ¡Claro! Los poderosos americanos y los soberbios rusos no contaban que el pueblo chino les ganase la partida.

-¡Han trabajado deprisa! -rezongó Murray.

-No hemos tenido que ponernos de acuerdo con nadie. Esa es la razón de nuestro adelanto.

Se pararon todos ante un barracón. Uno de los chinos abrió una puerta y fueron todos empujados por ella. Se encontraron en un recinto estrecho, alumbrado por una lámpara roja. Así permanecieron unos instantes hasta que la lámpara se apagó. Entonces se abrió otra puerta y pasaron al interior del barracón. Este era espacioso y lleno de literas metálicas. Chu-Ling, que había penetrado el último, comenzó a quitarse la escafandra. Antes de terminar, invitó a los prisioneros:

-Pueden quitarse las escafandras. Aquí dentro hay oxígeno suficiente para todos.

Obedecieron. Fueron quedando al descubierto los rostros de los astronautas que fijaron sus ojos en el del general chino. Era éste un hombre delgado y de cara aniñada, en la que brillaban dos ojillos oblicuos y

maliciosos.

-Considérense mis «huéspedes» de momento. No intenten resistir y menos escapar porque los disparos de mi gente los atraparán y, si a pesar de ello lo consiguen, no irán a parte alguna.

-¡Esto es un atropello! -gritó Petrovich descompuesto, tan pronto como se hubo quitado la escafandra.

-Sea paciente, coronel. La paciencia es el don de mi raza y ya ve, hemos ganado.

-¡Eso está por ver!

-No quiero discutir con ustedes. Obedezcan a lo que se les mande y se evitarán disgustos crueles.

Se sentó en una litera y paseó la vista por el grupo. Sus malignos ojillos parecían gozarse con el espectáculo de aquellos hombres sometidos a su capricho por el imperativo de las armas.

-Ante todo, señores, quiero advertirles que son mis prisioneros. La Luna, a la que tanto deseaban llegar, será para ustedes una inmensa cárcel de la que no saldrán jamás.

Como advirtiera un movimiento de protesta, alzó una mano y su rostro se endureció.

-No responderé a preguntas. Sólo les diré lo que deben saber para que abandonen toda esperanza de libertad y mucho más de regresar a la Tierra.

La indignación y la rabia de loe astronautas se reflejaban en sus semblantes, que denunciaban bien a las claras sus pensamientos. El rostro impasible de Chu-Ling los contempló durante unos instantes en silencio.

-Pero su suerte puede ser más llevadera si colaboran. La Luna se convertirá en un inmenso campo de trabajo en el que China, casi sin esfuerzo, tendrá los más codiciados minerales. Incluso oro.

-¡Me niego a colaborar en nada! -exclamó impetuoso Murray.

-Muy bien. Ya cambiará de parecer. Estamos transportando «trabajadores» y necesito gente inteligente para que los dirija. Ustedes pueden serlo. Vivirán mejor, pero si se niegan serán un número más de los que trabajen y esto me resultará penoso -y la risa aguda del chino afloró a sus labios de nuevo, con una mueca de desprecio. Luego, se levantó y, como comentario, explicó:

-Ya lo saben. Capataces a mis órdenes, para dirigir las cuadrillas, o

trabajadores sin más filiación que un número en la espalda y la muerte más o menos cercana.

-¿Pero por qué esto? -gritó el coronel ruso exasperado.

-Dije que no contestaría a sus preguntas, pero voy a hacer una excepción. Quien domine la Luna, dominará la Tierra. Aquí hay minerales a flor de suelo, muy interesantes para nuestra joven república. Seremos los más ricos y más fuertes de toda la Tierra. Someteremos a la humanidad entera.

-¡No lo conseguirán! -gritó Morgan.

-¿No? ¿Quién lo va a impedir? Cuando sus gobiernos se decidan a enviar otros exploradores habrá pasado algún tiempo. Los cazaremos como a ustedes y seguirá pasando el tiempo. Entonces habremos completado nuestro arsenal atómico, nuestra flota sideral y cuando se quieran dar cuenta de ello, será tarde.

Una fina sonrisa apareció en los labios de Chu-Ling, el cual comenzó a ponerse la escafandra. Antes de cerrarla, advirtió:

-Tienen tiempo de pensarlo hasta mañana. Ahora pueden descansar con comodidad, quizás por última vez en su vida.

Cerró de golpe la escafandra y se ajustó los pernos. Luego hizo una señal a su gente y salieron sin perderlos de vista. Cuando la puerta se cerró tras el último de los chinos, una lámpara roja se encendió encima de la salida. Momentos después se apagaba y era sustituida por una verde que era la única iluminación del barracón.

El grupo de astronautas quedó silencioso. Luego Joe, como si con ello quisiera dar rienda suelta a su ira, se encaró con los rusos.

-¡Ustedes eran amigos de los chinos, coronel! ¡¡Buenos amigos tienen!!

Petrovich no contestó. Pero Morgan, recordando la discusión originada al llegar, exclamó despectivo:

-Los españoles dicen: ¡Dime con quién andas y te diré quién eres!

El ruso no respondió, pero se quedó mirando fijamente a Morgan mientras apretaba los puños. Ante esta actitud, los otros dos rusos se situaron junto a su jefe. Los cuatro americanos, frente a ellos, no parecían amilanarse y sobrevino un instante de tensión que pareció iba a desembocar en una pelea.

Fue la intervención decidida de Tatiana la que evitó que llegasen a las manos. Se adelantó a sus compatriotas y colocándose entre unos y otros gritó:

-¿Se han vuelto locos para pelear entre sí? ¿Que sacarán con ello? -luego, dirigiéndose a Murray, exclamó:

-Comandante, depongan esa actitud. Si algo tienen en contra nuestra, no es éste el momento de ventilarlo. ¡Estamos todos en la misma ratonera!

La tensión cedió. Joe creyó advertir una muda súplica en los ojos de la muchacha y dando media vuelta se encaminó a una de las literas donde arrojó la escafandra y se sentó. Todos le imitaron silenciosos y serios. Joe Murray consideró que la situación a la que habían llegado era bastante desagradable y se sumió en reflexiones buscando una salida que preveía muy difícil.

La figura de Tatiana, que se acercaba, le hizo levantar la cabeza. Sonreía la muchacha con cierto embarazo cuando se paró ante él. Traía en la mano un paquete de cigarrillos y ofreció:

-¿Acepta?

La miró a la cara. Estaba un poco pálida, pero tan bella como cuando la conoció en París. Esbozó una sonrisa y alargó la mano tomando el cigarrillo.

-¡Gracias! ¿Cómo se le ocurrió venir a esta aventura?

-Tenía una enorme ilusión en ello -respondió la joven mirándole a la cara. Luego se volvió rápida, pero no tanto que Joe no pudiera apreciar un vivo rubor en su rostro.

Fue ahora hacia Morgan que, ceñudo, miraba al grupo de rusos que, juntos, hablaban en voz baja.

-¿Quiere un cigarrillo, capitán Morgan?

-¿Cómo sabe mi nombre? -inquirió él sorprendido.

-Lo oí por la radio del «Lunik» cuando despegaron de su Base.

-Buena memoria, señorita.

-No es memoria. Es papel y lápiz -y una graciosa sonrisa apareció en su boca.

-¿Teniente Wells?

Éste alzó una mano como saludando y la joven le tiró un cigarrillo que el navegante atrapó en el aire.

-Ya sólo queda uno y tiene que llamarse Wilkins -bromeó ella.

-Yo soy Hank Wilkins -y la cara pecosa del radio se distendió en una gran sonrisa mientras cogía al vuelo el cigarro que le arrojaba Tatiana.

-Estoy en deuda con usted, comandante -habló la rusa, dirigiéndose a

Murray.

-Una deuda muy vieja -sonrió él forzadamente.

-Y que deseo pagarle cuando pueda.

-Podemos ser prácticos -propuso el americano.

Ella le miró desconcertada. Él prosiguió.

-Sáquenos de este atolladero -y la voz de Joe tenía, un leve acento burlón.

-¡No me juzgue mal! Colaboremos juntos todos y será más fácil la convivencia.

-¡Frente popular! -sentenció Morgan sarcástico desde su litera.

Ella volvió la cabeza y la abatió pesarosa. Luego, miró a Joe con ojos angustiados.

-Lo intentaré por usted, amiga mía.

-¡Gracias, Joe! -fue la respuesta no muy fuerte de ella.

CAPÍTULO VII

El reloj de pulsera de Murray marcaba las cinco de la mañana, cuando la luz verde de la puerta fue sustituida por otra roja. Se incorporó en la litera temblando de frío. La temperatura frígidísima de la Luna durante la noche los había tenido en vela casi toda ella.

En la puerta aparecieron cinco hombres armados. Uno de ellos era Chu-Ling que, sin ceremonias, ordenó:

-Pónganse las escafandras y fuera.

-¿Dónde vamos, general? -preguntó Tatiana desde lo alto de su litera.

-Usted se queda. Los hombres fuera.

-¡Prefiero ir!

-¡Se queda! -fue la seca y rotunda orden del chino.

Poco después, se encontraban en el exterior. Custodiados por los hombres armados, fueron llevados hasta un terreno pedregoso que atravesaron con bastante dificultad, para llegar a otro en el que enormes piedras se levantaban a bastante altura. Eran masas pétreas que estaban aisladas, como columnas irregulares que emergían del suelo.

Al abrigo de una de aquellas moles, se levantaban cuatro barracones de chapa semejantes a los de la Base. Un grupo numeroso de hombres, embutidos en el traje espacial, trabajaban afanosos manejando herramientas.

-Treinta hombres -anunció Chu-Ling, señalando a los que manejaban las herramientas-. Esta colonia se incrementará a razón de cuatro por día, gracias a sus cohetes. Dentro de un mes, serán doscientos o más.

Todos guardaron silencio contemplando a los que trabajaban. El chino volvió a hablar.

-¿Lo han pensado? Ya saben a lo que me refiero.

Como ninguno contestara, Chu-Ling prosiguió:

-Más adelante serán capataces. Ahora necesito brazos. Trabajarán como simples peones.

A una señal del general chino, uno de los hombres de la escolta trajo herramientas. Las arrojó a los pies de los prisioneros y se retiró unos pasos.

-¡Vamos!-ordenó Chu-Ling enderezando el cañón de la «metralleta».

La actitud del chino parecía resuelta, y primero los rusos y después los americanos, recogieron las herramientas.

-Eso está mejo r-habló, burlón, Chu-Ling.

Fueron agregados a un grupo de trabajadores. Éstos los recibieron con curiosidad, pero sin suspender el trabajo ni un momento. Parecían resignados y trabajaban deprisa, cavando largas zanjas alrededor de las tremendas peñas verticales como si se tratara de arrancar un árbol de raíz.

Al principio, el trabajo no parecía pesado. Las herramientas resultaban ligeras y el esfuerzo pequeño para manejarlas. Pero conforme pasaba el tiempo, una sensación de ahogo los iba invadiendo. El esfuerzo continuo con la escafandra puesta era una tortura para los pulmones humanos, que necesitaban mayor cantidad de oxígeno de la que recibían.

Pasó el día con un corto descanso. Una orden breve fue dada y cada uno agarró un enorme capazo de goma y lo llenó de pequeñas piedras pardas sacadas del troceo de las grandes, en las que se apreciaban brillantes cristales en enorme cantidad.

Con los esportones al hombro se fueron congregando todos ante uno de los barracones. Bajo la vigilante mirada de los chinos, los esportones fueron pesados uno a uno, por un procedimiento rudimentario. Un esportón lleno servía de contrapeso puesto en el extremo de una larga barra de hierro colgada por el centro de una cadena. El esportón a pesar era colgado por la otra punta y rellenado hasta que levantaba al que servía de patrón.

Terminado el pesaje, uno de los vigilantes contó a los forzados. Momentos después, les era repartida una caja de cartón conteniendo las raciones y fueron desfilando al interior de los barracones, en pequeños grupos de seis.

A los americanos les fue señalado un barracón y a los rusos otro. Los separaban, pero esto a Joe no le importó. No iba a ser fácil la colaboración con ellos, y lo que intentasen lo harían solos.

Cuando se apagaron las luces rojas de la entrada, todos se apresuraron a quitarse las escafandras. Eran veinte los alojados en aquel barracón y un murmullo de conversaciones se extendió rápidamente. Parecía que el centro de la curiosidad general eran ellos y un hombretón de pelo negrísimo y piel aceitunada se acercó a los americanos. Con gesto sonriente se presentó:

-Mi nombre es José. Soy filipino. ¿Sois americanos?

-Sí, lo somos -respondió Wells, a quien se había dirigido el llamado José.

-Os esperaba -fue la desconcertante respuesta del hombre.

-¿Sabías que íbamos a venir? -inquirió extrañado Joe.

-Sí. Hasta ayer yo era el cocinero de los «amarillos». Escuchaba la radio de la Tierra. Conozco el chino y el inglés y comprendía perfectamente las noticias.

-¿Cómo dejaste ese puesto? -preguntó Morgan receloso.

-Parece que con vosotros llegó una mujer. Me alegro de ello. Deseo seguir la suerte de los demás.

-¿Cómo llegaste a la Luna. José? -preguntó ahora Joe, a quien la figura del filipino le caía simpática.

-Yo comerciaba en China desde hace muchos años. Mi esposa es china, y mis dos hijos han nacido en Pekín. Una delación envidiosa me llevó a la cárcel sin más explicaciones y como enemigo del régimen de Mao. Un día me separaron de los demás y me trajeron aquí.

Cuando guardó silencio José, sus ojos estaban acuosos. Luego, con voz emocionada, comentó:

-No lo siento por mí. Es por mi dulce Yu y por los niños a los que no veré más.

Joe, a pesar suyo se sintió emocionado. Palmeó afectuoso la espalda del hombrón.

-Quién sabe. Nosotros no hemos sido reclutados en una cárcel. Pertenecemos a un país libre y tarde o temprano se sabrá lo que aquí ocurre y vendrán.

-Eso es muy difícil. Cuando eso ocurra, ya habremos muerto.

Largo rato permanecieron los americanos hablando con el filipino. Era éste un ser simpático y atrayente en su sencillez. Sus ojos negros y su cabellera de un negro azuloso, junto con unos dientes blanquísimos y fuertes, presentaban una fisonomía agradable.

Por José se enteraron los americanos de las particularidades de aquella colonia de forzados en la Luna. Los reclutaban en las cárceles, entre los más fuertes, sin tener en cuenta para nada la duración de la condena a que estaban sometidos. Allí estaban obligados a recoger al día un determinado número de esportones de mineral. Si faltaba, la ración era disminuida colectivamente. De esta suerte el maléfico Chu-Ling se aseguraba una cantidad invariable y máxima de mineral. El que podía menos, era ayudado por los demás para no verse privados de parte de los escasos alimentos que recibían.

Se tumbaron en las literas, sumidos en los más negros pensamientos. Ni Joe, que deseaba mostrarse jovial, se atrevió aquella noche a despegar los labios. Aún estuvo Murray mucho tiempo sin conciliar el sueño, imaginando planes de evasión que se volvían irrealizables al llegar al punto más difícil: Salir de la Luna.

Llegó el nuevo día. Al amanecer se presentaron los guardianes con sus inseparables «metralletas» y aquella gente desesperanzada se puso en pie. Fueron conducidos al mismo campo de trabajo y comenzó la tarea dura y pesada de cavar las zanjas alrededor de los monolíticos bloques pétreos.

Al principio, presos de la desesperación, aún intentaban resistir a las intimidaciones de sus carceleros, pero esto no conducía más que al peligro gravísimo de perecer a manos de los guardianes. El más rebelde era Morgan, carácter impetuoso y decidido pero que, como los demás, tuvo que desistir de su actitud.

Pasaron varios días sin que la monótona repetición de los actos diarios se alterase. Cada jornada recibían nuevos compañeros de desgracia, y pronto se juntaron un centenar. Las baterías de los intercomunicadores se agotaron, y ya no les quedó ni el recurso de hablar entre sí. Sordos durante todo el día a los ruidos del exterior, sólo la vista y las señales que recibían de sus carceleros les decían lo que debían hacer.

Las condiciones de vida en los barracones se hacían por días más difíciles al llegar nuevos hombres que limitaban el espacio. Los primeros gozaban de la ventaja de las literas, pero los demás tenían que dormir sobre el duro suelo. El terrible frío de las noches lunares hacía que se apretasen unos contra otros buscando un calor necesario para conciliar el sueño.

Pronto comenzaron a brotar casos de disentería. Las monótonas raciones en conserva y la escasísima ración de agua eran la causa. Pero los enfermos fueron obligados a trabajar. Aquellos hombres debilitados por la fiebre y la dieta, apenas podían tener las herramientas en las manos. El mineral que no podían recoger ellos tenía que serlo por los demás para cubrir el cupo asignado por hombre. Un intento de desobediencia trajo como represalia el corte de media ración durante dos días.

El rencor hacia sus carceleros y la desesperación se iban apoderando de aquellos desgraciados. Un día en que se presentó Chu-Ling en el campo de trabajo, fue recibido por una estruendosa tempestad de golpes dados con las

herramientas, única forma de demostrar su descontento. Rodeado por los vigilantes y encañonando a los más violentos, pasó sin detenerse al interior de un barracón.

Pocos momentos después, Joe era llamado por un vigilante que, sin ninguna ceremonia, le empujó señalando la puerta del barracón cercano. Se dirigió a ella, seguido por las miradas de los que se enteraron, y penetró en él. Tan pronto como se encontró en el interior, sus ojos descubrieron la figura del jefe chino y del coronel Petrovich, éste tan demacrado y desastrado como el propio Murray. Se quitó la escafandra y esperó con el ceño adusto.

-¿Cómo le va, comandante? -preguntó Chu-Ling con una indecible sonrisa en su rostro amarillo.

-¿Me ha llamado para interesarse por mi bienestar? -espetó Joe, agresivo.

- Me interesa mucho -aseguró el chino-. Además quiero saber otra cosa. Cuando llegaron aquí les dije que deseaba su colaboración en el momento oportuno. Ese momento ha llegado.

-Ni yo ni mis compañeros colaboraremos con ustedes -respondió con firmeza Joe Murray.

-Usted, comandante, puede hablar por sí. Los demás ya serán interrogados.

-¿Eso era todo?

-Algo más. ¿Cuál es la causa del recibimiento que me han dispensado los trabajadores? -y en las pupilas de Chu-Ling había un destello colérico inconfundible.

-El extraordinario amor que le profesamos todos -se adelantó a contestar el silencioso coronel Petrovich.

-Comprendo, camarada -y los dientes desiguales del chino aparecieron al sonreír. Después, con suavidad, continuó dirigiéndose al ruso.

-¿Ustedes también se niegan a colaborar?

-¡Sí!

-Extremaré el rigor. Sabrán a su costa lo que significa su negativa.

-¿Mayor rigor? -protestó Murray, que empezaba a perder la paciencia-. ¿No sabe que la gente empieza a enfermar y la sigue haciendo trabajar? ¿Cuánto cree que le van a durar sus forzados con el trato que reciben? ¿Y quiere colaboración?

La figura de Joe Murray, astroso y macilento pero arrogante a pesar de todo, impresionó por un instante al chino. Se le quedó mirando en silencio para hablar al fin:

-Todo eso lo sé, comandante. Pero aunque tengan que morir todos, llevaré adelante el plan trazado. ¡Es vital para nosotros acopiar ciertos minerales en poco tiempo! Después... bien, ya hemos hablado bastante.

Mientras el chino hablaba, Joe Murray observó todo lo que le rodeaba. Dos hombres armados, situados junto a la puerta, eran toda la guardia del chino. Sopesó en un momento las ventajas de un ataque relámpago a Chu-Ling. Los chinos armados no dispararían. Era muy peligroso hacerlo y atravesar las chapas de delgado aluminio, por las que se escaparía el oxígeno, mientras que tanto los dos prisioneros como el propio general Chu-Ling morirían asfixiados a los pocos momentos. ¿Y si disparaban? Se dijo que morir por morir, por lo menos se llevaría por delante al odioso chino. Quizás al faltar él cambiarían las cosas de alguna manera. Lanzó una rápida mirada al coronel ruso que se encontraba cerca de él y se decidió en un instante. Cuando Chu-Ling iniciaba el movimiento de agachar un poco la cabeza para encasquetarse la escafandra. Joe dio un salto hacia adelante y su puño se estrelló contra la amarilla faz del sorprendido general. Lo demás sucedió todo de una forma tan rápida que los dos chinos armados de la puerta se percataron cuando ya Murray golpeaba de nuevo con tremenda furia el rostro del general, el cual no resistió los golpes y se tambaleó. Pero Joe le agarró por detrás y, aunque la resistencia del otro era desesperada, logró inmovilizarle, poniéndole delante de él a manera de escudo.

Joe se percató entonces de la actitud pasiva del coronel Petrovich. Cruzado de brazos y apartado varios pasos de allí, contemplaba la escena sin intervenir en ella. Colérico, Joe le increpó:

-¿Qué espera, ruso?

-¡Eso es cosa suya! -fue la desconcertante respuesta del militar soviético.

Pero Joe no podía perder tiempo en discutir. Ya se le venían encima los dos hombres armados y uno de ellos levantaba el cañón de la «metralleta» para fulminarlo. Sin pensarlo más, empujó contra él el cuerpo delgado de Chu-Ling, que salió despedido contra su subordinado, chocando con él y cayendo los dos al suelo.

Hizo frente Murray al otro hombre que se encontraba ya muy cerca y que parecía dispuesto a disparar. Le amagó un golpe y saltó de costado, al tiempo que la roja lengua de fuego aparecía en la boca del arma. Sonó el disparo y se escuchó un gemido de dolorosa agonía.

Sin entretenerse a ver quién era el que había recibido el disparo dirigido a él, Murray flexionó las piernas y su salto arrolló al hombre, que ya le encañonaba de nuevo. Rodaron los dos por el suelo en una fiera lucha por posesionarse del arma, que en manos de Joe sería peligrosísima, y los golpes se sucedieron por ambas partes. Pero la rabia y el odio almacenados por el americano en todo aquel tiempo le daban una rapidez y fuerza asombrosas.

El chino, encerrado en su escafandra, comenzó a jadear. Murray logró encaramarse encima de él y le atizó un izquierdazo que bastó. Fulminantemente se lanzó sobre la «metralleta» caída a dos pasos y su mano se engarfió en la culata. Un fuerte golpe recibido en el cráneo le sumió en un mar de lucecitas y se dobló hacia el suelo, quedando inconsciente.

Con la boca contraída por la ira, Chu-Ling se limpiaba con un pañuelo el rostro sudoroso y ceniciento de pálido. Su sicario, con la «metralleta» agarrada por el cañón, acababa de atacar a Joe Murray, dejándole reducido a la impotencia.

-¡Cerdo! -barbotó rencoroso el chino-. Me las vas a pagar con lágrimas de sangre.

Luego, se dirigió a su subordinado que le miraba como esperando la orden de disparar sobre el cuerpo inanimado del americano.

-¡No! -exclamó rabioso-. Muerto no sabría lo que es sufrir. Átalo y fuera. Le quiero vivo.

Pasó la mirada por el rostro pálido de Petrovich que yacía en el suelo y una maligna sonrisa se dibujó en sus finos labios.

-¿No intervino, coronel?

-No -denegó éste roncamente.

-Hace bien. Es saludable obedecer y esperar. Aunque en su caso la espera será eterna.

Le volvió despreciativo la espalda y se ajustó la escafandra, mientras el hombre armado terminaba de atar a Joe Murray. Luego, llevando el cuerpo de su compañero, que seguía inconsciente, salieron. Tendido en el suelo quedó Joe Murray, atado como un fardo, mientras a su lado se desangraba

moribundo Iván Petrovich.

Al día siguiente, los forzados de la Luna vieron trabajar junto a ellos a los cuatro americanos que llevaban atados a la espalda sendos sacos llenos de mineral. La protesta que iniciara José, el filipino, fue sofocada instantáneamente por los vigilantes a fuerza de golpes. Entre ellos había uno nuevo. Un ruso alto y macizo, subordinado del difunto coronel Petrovich.

-Parece que éste aceptó el cargo -murmuró Wells rencoroso.

Los prisioneros, unos a otros, se señalaron pronto la figura del nuevo vigilante y muchos cerraron los puños con rabia.

Pasó la mañana, larga y fatigosa. A la hora del descanso se sentaron por entre las piedras para reposar los sesenta minutos que les eran concedidos y se vieron venir .hacia ellos al nuevo vigilante. Por señas les indicó que se levantaran y continuasen su trabajo. Ante las protestas de Morgan y los demás, el cañón de la «metralleta» comenzó a oscilar y los cuatro hombres se pusieron en pie. Joe, queriendo evitar un mal peor, agarró su pala y comenzó a trabajar. Los demás le imitaron, protestando en una inútil sarta de dicterios contra el nuevo amo ruso.

Cuando llegó la hora del regreso, los cuatro amigos iban derrengados. El peso del saco de la espalda les oprimía fuertemente y las ligaduras se clavaban en los hombros mordiendo la carne. La ración de los cuatro hombres fue mermada y gracias a José que recogió algo de lo que los demás quisieron dar, pudieron cenar sin que se notara mucho la disminución.

-Quiero hablarte, José -dijo Joe mientras engullía los escasos alimentos.

-Habla, comandante -y la fuerte dentadura del filipino blanqueó al sonreír.

-Tú conoces a estos chinos. ¿Crees que se puede confiar en ellos?

-No -fue la rápida respuesta del filipino-. Pero ahora están desesperados. ¿Qué intenta?

-Quisiera encontrar a un puñado de hombres decididos. Dispuestos a todo.

-¿Incluso volver a la Tierra?

-Eso no lo puedo asegurar, pero depende de la decisión con que trabajemos.

-Exploraré por ahí -asintió José.

Desde aquella noche v en el más profundo secreto, un grupo de forzados comenzó a organizarse para la resistencia contra los chinos. Pasaron varios días más en los que los americanos fueron objeto de todas las atenciones de los vigilantes y hasta del propio Chu-Ling. Una noche, José llevó disimuladamente un papel muy doblado a Joe. Era de Tatiana. Unas líneas garabateadas de prisa con lápiz y sobre un trozo de papel de embalar decían que se encontraba bien, trabajaba en la cocina y rogaba a quien lo encontrara que lo hiciera llegar a Petrovich o a cualquiera de los rusos o americanos.

Joe se alegró de aquello. Había estado muy preocupado pensando en la suerte que pudiera correr Tatiana y la nota escrita le llevó alguna tranquilidad. Al día siguiente, al pasar cerca del ruso que continuaba fiel, dejó caer el papel en el agujero que éste cavaba. Éste lo vio, pero no se movió y la cosa pasó desapercibida para el renegado ruso que vigilaba cerca de allí.

El incremento de prisioneros hacía el problema cada día más agudo. La falta de agua para el aseo y la más elemental medida de higiene, llevaron a la colonia de forzados a una situación sanitaria de pésimas condiciones, en la que una epidemia podría mermar impunemente la población de desesperados que se albergaba en los barracones.

La flota de cohetes que iba y venía de la Tierra a la Luna en la más inadvertida de las operaciones espaciales, se había incrementado y ya eran diez las naves siderales que servían los designios chinos.

* * *

La joven Tatiana Novogorichenka, empleada en la cocina de los chinos por orden de Chu-Ling, quedó muda de asombro cuando, a la hora de repartir las raciones, se presentó ante ella un nuevo vigilante, cuyo traje espacial conocía muy bien.

Apenas se hubo quitado la escafandra en el interior del barracón donde se almacenaban las provisiones, Tatiana exclamó:

-¡Igor! ¡Tú!

-¿Te sorprende? -rió éste despectivo.

-¿Pero te has puesto al lado de ellos?

-¡Obedezco al nuevo amo! ¿Sabemos hacer otra cosa, acaso?

-¡Eres un miserable traidor! -murmuró la muchacha espiando a los dos chinos que se acercaban con sendos sacos.

-No tardarás en seguir mi ejemplo -aseguró Igor malicioso.

Comprendiendo la mala intención de Igor, ella se sofocó.

-¿Sabes que ha muerto Petrovich? -inquirió el ruso.

-¿Muerto? -se sobresaltó ella.

-Sí. Parece que tuvo algo que ver con ello ese americano amigo tuyo.

-¡No lo creo! -protestó Tatiana.

El otro se alzó de hombros. La muchacha preguntó ahora:

-¿Y Sergio?

-Ése es un imbécil. Se obstina en no colaborar con los «amarillos». ¡Peor para él!

-¡Eres un canalla, Igor! ¿Qué esperas sacar de ellos?

-Por lo pronto, vivir. ¡Y no me canses con tus impertinencias! Despacha las raciones.

Los dos chinos esperaban pacientes que se les sirvieran las cajas de cartón y Tatiana comenzó a contar arrojándolas a los sacos abiertos. Los dos hombres, silenciosos tras sus escafandras, la veían hacer inmóviles, vigilados por el ruso armado.

Ataron los sacos y al agacharse para cargarlo al hombro, uno de ellos dejó caer una bolita que rodó hasta desaparecer bajo unos cartones rotos, ante la mirada sorprendida de Tatiana.

Tan pronto se hubieron marchado, la joven buscó afanosa la bolita que al fin apareció. Temblando de excitación la examinó. Era una bolita hecha con un trozo de papel de embalar. Con sumo cuidado la fue desdoblando y la alisó. Unas letras oscuras y casi ininteligibles decían:

«Recibimos tus mensajes. Necesitamos información. Petrovich ha muerto. Desconfía del vigilante ruso. Destruye el papel. JOE.»

Una gran alegría la invadió. Sin saber por qué le pareció a la joven que una nueva esperanza se abría paso en aquellas tinieblas de zozobra y desesperación. ¡Joe haría algo!, se repetía una y otra vez. Y desde aquel instante le pareció a Tatiana que todo sería posible. ¡La luz de la esperanza renacía!

La luz roja sustituyendo a la verde, anunció que alguien entraba en el barracón y Tatiana ocultó el papel rápidamente. En la puerta apareció la figura de Chu-Ling, siempre repulsivo a los ojos de la joven. Llegó con su inseparable escolta de hombres armados y su mirada suspicaz paseó por el

barracón en muda inspección, deteniéndose al fin en la joven. Se despojó de la escafandra y se encaró con ella.

-Necesito que me diga las raciones que hay aquí -demandó.

-¿No lo sabe? -contestó ella despectiva.

-Sé las que debe haber, no las que realmente hay. Cuente sin prisa.

Se volvió ella de espaldas. La mirada de Chu-Ling no se apartaba de la figura de la joven. Ella sabía de memoria las raciones que había, pero quiso dar la sensación de que las contaba. Luego aclaró:

- Setenta cajas a veinticinco raciones.

-Está bien la cuenta, señorita. Debe darme una nota todos los días con lo que entra y sale.

-¿Con qué escribo? -demandó ella despectiva.

Con una sonrisa lobuna, Chu-Ling sacó del bolsillo un lapicero metálico y se lo alargó.

-¿Puede hacerlo con esto?

-Sí -contestó ella secamente.

-Poco a poco iremos mejorando nuestra oficina. Lamento que tenga un alojamiento poco confortable. Claro, que también mejorará. Eso puede llegar antes si usted quiere.

Comprendiendo el alcance de las palabras del chino, la muchacha se dijo que había llegado lo que tanto temía. La mirada de Chu-Ling, fija en ella, no le dejaba el menor lugar a dudas. Aparentando una tranquilidad que no sentía, afrontó la situación.

-¡Estoy bien! Tengo más que los otros presos y me basta.

-Es modesta, señorita. Y muy bonita también, pero Chu-Ling tiene paciencia y sabe aguardar su momento. ¡Nos queda aquí una larga temporada!

Se puso la escafandra y alzó una mano en despedida. Cuando desapareció, Tatiana respiró aliviada. Pensó desasosegada en el peligro que la acosaba y tuvo un momento de angustia. Luego decidió no pensar en ello y alisando un trozo de papel comenzó a escribir en él, utilizando el lápiz que le diera Chu-Ling.

Cuando terminó, repitió el mensaje tres veces más y los introdujo en sendas cajas. Con el lápiz en la mano aún, quedó pensativa. Luego, con un movimiento repentino lo agitó al lado del oído y sus ojos se iluminaron de alegría. El repuesto de barritas de carbón sonó en el interior.

Sacar varias de ellas y liarlas en papel fue todo uno. Luego, al igual que los mensajes, fueron introducidas en las cajas de raciones.

Pasaron varios días en los que la situación de los forzados se hacía por momentos más difícil. Ya eran varios los que postrados en las literas agonizaban sin otro cuidado que el que sus propios compañeros podían prestarles por las noches. Rostros demacrados. Miradas en los que la muerte cercana ponía extraña lucidez. Una noche al entrar de regreso en los barracones, uno de los forzados había muerto. José, el filipino, acudió a Joe.

-Comandante, esto no puede continuar.

-Estoy de acuerdo, José. ¿Querrán estos hombres intentar algo?

-Sí. ¿Quiere hablar con Chan?

-¿Ese pequeño de la última litera?

-El mismo.

-Tráelo.

Al poco, un chino de pequeña estatura, pero fuerte y musculoso, se paraba ante Murray.

-Éste es Chan, comandante -habló el filipino.

-¿Tienes alguna autoridad sobre tus compañeros chinos? -inquirió Joe, mirando atentamente al hombre.

-Ninguno reconoce aquí autoridad. Sólo esto -y levantó el puño cerrado como una maza.

José tradujo. Mientras tanto, el comandante examinaba atento al chino, que a su vez le miraba a él con sus ojillos oblicuos y maliciosos.

-¿Estáis dispuestos a todo con tal de recobrar la libertad?

-Sí -afirmó Chang, dando grandes cabezazos.

-En todas partes tiene que haber un jefe. Aquí lo seré yo -impuso el americano.

Después de la traducción, Chan habló un gran párrafo. José lo repitió.

-Dice que está dispuesto a recibir tus órdenes con una condición.

-¿Cual?

-Tiene que conocer el plan a seguir y reclama en los cohetes la mitad de sitio, para los hombres que él designe.

-¿Tiene preferencia por alguno?

-Parece que sí.

-Dile que, si todo sale bien, los enfermos deben ser los primeros.

Cuando Chan conoció estas palabras, denegó enérgico con la cabeza.

-Se niega a ello. Dice que los enfermos pueden morir en el camino. Tienen que ser los que él designe.

Murray consultó con Morgan que, silencioso, escuchaba la conversación.

-¿Qué te parece?

-No aceptes condiciones, Joe. Ellos sin nosotros no harán nada. No son pilotos.

-Creo que debemos contemporizar. Nosotros somos cuatro, más el ruso que queda, cinco. Tripularemos cinco naves en condiciones difíciles, pero estar aquí es peor.

-Como quieras.

Largo rato duró la conversación. Al cabo, Chan se separó de los americanos y le vieron reunirse con un grupo de sus compatriotas.

CAPÍTULO VIII

Sabían los americanos, por los mensajes de Tatiana, que la flota de cohetes chinos estaría en la Luna dos días más tarde. Serían seis naves y ésta era la ocasión. Se jugaban la vida, pero allí ya la tenían perdida.

En una ocasión en que, como de costumbre, Tatiana contaba las raciones y las arrojaba en los sacos, uno de los hombres se alzó la escafandra brevemente y en buen inglés susurró:

-¡Esta noche!

Luego, el forzado simuló arreglarse algo en el tubo del oxígeno y el vigilante armado no notó nada anormal. Aquella noche, Chan entregó a Joe un mensaje aparecido en la ración de uno de los chinos. Cuando el americano lo leyó, su rostro se iluminó.

-Dice la chica que han llegado cinco cohetes y que están en la Base -aclaró a los otros.

-¡Magnífico! -exclamó Morgan entusiasmado.

-¿Decididos? -preguntó Chan.

-Sí.

-Da órdenes a tu gente.

-¿Todo como lo tenemos pensado?

-Sí.

Cuando Chan se alejó, Joe aclaró a sus compañeros:

-Lo primero es controlar las armas.

-¿No te fías de los chinos?

-No. Esta gente procede de la más baja estofa. Son capaces de obligarnos a lo que ellos quieran. La situación la tenemos que controlar nosotros desde el principio.

Se pusieron las escafandras. El plan era primitivo por su misma sencillez. Las planchas de aluminio no tenían gran resistencia y salir al exterior era fácil. Un grupo escogido se encaminaría a la Base y se apoderaría de los cohetes, mientras otros hombres agujerearían a la vez todos los barracones donde estaban los chinos y el mismo Chu-Ling.

Luego, todo sería sencillo. Al escaparse el oxígeno por los agujeros de las chapas, todo el que estuviera dentro sin escafandra, moriría en pocos instantes. Tatiana ya estaba avisada y esperaría prevenida.

Miró Joe a los que eran sus compañeros de esclavitud. En todos los

semblantes vio la misma decisión. ¡Luchar! A la docena larga de enfermos les fueron puestas las escafandras y todo a punto, Morgan y José atacaron una plancha. Ésta cedió a los pocos momentos y por la abertura se escapó el aire con un siniestro silbido, largo y agudo.

-La suerte está echada. Ahora coraje y decisión -pensó Murray.

Salieron todos los que lo podían hacer. Medio centenar de sombras se agazaparon en el lugar donde se depositaban las herramientas y se armaron con ellas. Frente a otro barracón, alguien manipuló en una caja adosada a la plancha y puso en marcha el mecanismo de la puerta. Ésta comenzó a abrirse y al poco fueron saliendo por grupos los hombres que lo ocupaban. El piloto ruso apareció entre ellos y se dirigió en derechura a los americanos. Por señas dio a entender que deseaba estar a su lado y Joe afirmó. Se pusieron en marcha. Un grupo, capitaneado por Murray y en el que iban José y Wilkins, se encargaría de los chinos, con los que atacarían los barracones. Morgan, Wells, el ruso Sergio y Chan, tratarían de capturar los cohetes. El resto de los forzados iría detrás y se les unirían en la Base china.

-Todo está saliendo demasiado bien -pensó para sí Murray mientras andaba tras de José que conocía el camino de la Base al campamento de forzados.

En aquella oscuridad casi completa el frío era terrible. Comprendió Murray que aquello tendría que realizarse cuanto antes, sí no querían exponerse a morir helados en aquel ambiente frígido y sin atmósfera. Aligeraron el paso y al fin descubrieron las siluetas de los barracones metálicos de la Base. Junto a ellos, cinco cohetes se alineaban prometedores de la ansiada libertad.

* * *

En el barracón que servía de alojamiento al destacamento de soldados chinos, un somnoliento centinela, sentado en un cajón de madera, tenía ante sí una serie de lamparitas rojas encendidas. De cuando en cuando, las contaba para cumplir la consigna y volvía a sumirse en la duerme vela, esperando, paciente, la hora del relevo.

Aquellas lámparas, conectadas a los dispositivos de cierre de las puertas de los barracones del lejano campo de trabajo de los forzados, eran los mejores centinelas y los más seguros. La menor anormalidad era registrada allí instantáneamente.

El genio maléfico de Chu-Ling, ideando aquel dispositivo, había asegurado una vigilancia de los presos a distancia, pero eficaz. Por otra parte, desarmados los forzados, el general chino estaba seguro de dominar inmediatamente cualquier rebelión.

La vida en el satélite lunar estaba condicionada a una serie de servidumbres que la hacían imposible si no se cumplían. En el supuesto de que los forzados consiguieran escapar de los barracones, se verían expuestos a una serie de contingencias que les harían la supervivencia sumamente difícil o casi imposible.

Y esta era precisamente la mejor arma del jefe chino. Para evitar contingencias desagradables, al anochecer se suspendían todas las actividades en el exterior y cada cual quedaba encerrado en su alojamiento. Con ello, todas las armas estaban seguras en manos leales.

El centinela chino, tras un rato de parpadear y bostezar, volvió a contar las lámparas. Se paró y volvió a contar. Luego, ya francamente alarmado, se levantó observando de cerca las luces. ¡Una estaba apagada!

Por un momento pensó en dar la alarma, pero el temor a que sólo fuese una avería y el consiguiente ridículo le hicieron desenroscar la lamparita y cambiarla por otra que lucía.

El resultado no le dejó ya lugar a dudas respecto a lo que sucedía. Se llevó el silbato que pendía de su cuello a los labios y brotó de él el estridente pitido de alarma.

Instantáneamente, los vigilantes que dormían en las literas, se incorporaron alarmados y lo primero que hicieron fue echar mano a sus escafandras, colocándoselas a toda prisa. Mientras tanto, el vigilante que había pitado conectó una palanca y la alarma fue dada al resto de los barracones.

Fue entonces cuando los forzados avistaron la Base. Como electrizados, corrieron cada grupo a su objetivo y los que se encargaron de los barracones atacaron las planchas con furia, deseando abrir boquetes en ellas que los vaciasen de aire.

Brilló un fogonazo. El estampido de la detonación se produjo muy tenue y amortiguado, aunque a los forzados no les llegara el ruido a causa de las escafandras. Al primer fogonazo siguieron otros y otros que partían de una línea a media altura en las chapas de los barracones.

-¡Malditos! -gruñó Murray.

Se pegó con José a las planchas que acababa de romper y se les unió Wilkins. Aquella situación no podía durar o serían rechazados y vencidos. Murray ojeó el barracón que les había tocado agujerear. Disparaban menos que en otros y supuso que allí habría menos enemigos que en los demás. Decidido, se agarró a una plancha y tiró de ella hasta doblarla, dejando un agujero regular. Hizo un ademán significativo y se agachó, dispuesto a meterse por el agujero.

Asomó la cabeza al interior. Una tenue luz verdosa alumbraba mal y percibió algunas literas y cajones desperdigados por el interior. Acabó de introducirse no sabiendo si sería fusilado a quemarropa por los del interior, pero se encontró dentro sin que nada le sucediera. Entonces percibió a media docena de hombres que, adosados a las paredes, disparaban por unas troneras horizontales practicadas en las planchas.

Joe no lo pensó mucho. Corrió agachado hacia el más próximo y cuando estuvo tras él se alzó rápido. Su mano buscó afanosa el tubo que unía la escafandra a los cilindros del oxígeno, colocados a la espalda del hombre y asiéndolo dio un fuerte tirón, logrando desprenderlo de la escafandra.

El otro se volvió instantáneamente. El cañón de su arma enfiló pavoroso a Murray. Brilló el fogonazo y el proyectil se aplastó en el suelo, a un palmo del americano, mal dirigido por las manos crispadas del chino, que percibía ya los primeros síntomas de asfixia.

Joe cargó contra él y le costó poco arrebatarle el arma. El chino se llevó las manos a la escafandra en un inútil esfuerzo por conectar de nuevo el tubo del aire, vital para su existencia. Murray ya no se preocupó de él. Sabía que no duraría más que unos instantes.

Enfiló la «metralleta» al cuerpo de otro de los que tiraban afanosos al exterior y disparó. Su enemigo quedó rígido unos segundos y se derrumbó al fin, dando un grito que, transmitido por los intercomunicadores de las escafandras, puso en guardia a los otros hombres.

Todo lo anterior había durado contados segundos. Cuando Joe buscaba otra presa para su «metralleta», vio la figura de Wilkins que corría hacia uno de los chinos. En este instante, el amarillo se volvió al oír el grito de muerte de su compañero y percibió la figura del americano que se le echaba encima.

Las dos ráfagas sonaron a la vez y Wilkins, frenado en su carrera por los disparos del chino, dio aún unos pasos vacilantes, para caer de bruces atravesado por la ráfaga. El chino, a su vez, alcanzado por los disparos de Murray, se desplomó abriendo los brazos y soltando el arma.

Convulso de rabia, Joe siguió disparando contra las formas humanas que veía. Uno tras otro los fue abatiendo en una fulgurante sucesión de ráfagas hasta que el arma quedó muda. Cuando esto ocurrió, la arrojó y corrió junto al teniente Wilkins.

Le removió suavemente. A través del transparente de la escafandra, el rostro pálido y contraído del joven, no daba la menor señal de vida. Estaba muerto. La ráfaga del chino le había atravesado el pecho y, al caer, los cilindros de la espalda se habían desprendido del tubo del aire.

-No hay remedio, amigo -murmuró roncamente Murray.

Sintió que le oprimían un brazo y se volvió instantáneamente. Era José, el filipino, que, armado de una «metralleta» le indicaba el agujero por donde habían entrado. Luego se alejó y le vio salir por él. Comprendió Joe. Urgía ayudar a los de fuera. Se armó nuevamente y, tomando la munición que pudo encontrar, salió fuera.

La oscuridad del exterior se veía iluminada por brillantes fogonazos que partían de los barracones. Los forzados, pegados al suelo, aguantaban la rociada sin poder hacer otra cosa. Murray encontró al filipino apostado en la esquina del barracón que acababan de abandonar, haciendo fuego contra las lucecitas instantáneas de los disparos chinos. Se le unió en la tarea. Cortas y certeras ráfagas fueron taladrando las planchas y los chinos comprendieron que algo insólito había ocurrido.

Los dos hombres se corrieron a un ángulo distinto y comenzaron de nuevo a disparar contra otros fogonazos, logrando acallar el fuego que desde allí hacían los del interior. Ante esto, los forzados se alzaron de sus cobijos improvisados y corrieron a parapetarse contra las mismas planchas del barracón que antes vomitaba fuego.

Creyendo haber conseguido ya la victoria, se aplicaron a la tarea de destruir las planchas para penetrar en el barracón que guarecía a los odiados vigilantes. Bien pronto un boquete se abrió en ellas y los forzados, ávidos de venganza, se lanzaron dentro. Pero una amarga decepción les esperaba. Agrupados los vigilantes en el centro de aquel reducido rectángulo, apenas

comenzaron a asomar los forzados por el boquete de las planchas, una furiosa descarga los recibió.

Los primeros hombres que entraron murieron apenas habían puesto sus pies en el interior. Al caer éstos sus cuerpos taponaron la brecha y los de fuera retrocedieron. Entonces comenzaron a sonar de nuevo los disparos a través de las troneras y la desbandada de los forzados chinos se convirtió en una tremenda carnicería.

Murray y José, únicos hombres armados, comenzaron de nuevo a disparar contra las planchas, pero ya se habían producido infinitas bajas cuando dejaron de brotar los disparos de los vigilantes. Murray comprendió que aquella situación se iba a hacer insostenible si los vigilantes tenían la gallardía de salir al exterior, cosa muy probable, armados como estaban. Había que hacer algo rápidamente para acabar con ellos antes de que fuera demasiado tarde.

Miró a José, que a su lado estaba quieto y le hizo una señal. Corriendo cuanto podían, cruzaron el espacio que les separaba del barracón y jadeantes se pararon pegados a sus planchas. El fuego había cesado y una extraña calma parecía invadir aquel lugar donde todo fuera movimiento. Los forzados habían desaparecido tragados por la oscuridad y sólo los cuerpos sin vida de los que habían caído en la huida se veían esparcidos por el suelo. Murray se acercó despacio al boquete abierto en las planchas y agachado, trató de atisbar el interior. Media docena de hombres caídos ante él, le tapaban la visión y se tumbó tras aquel parapeto humano que ya no tenía vida.

Introdujo el cañón de la «metralleta» por entre el espacio que dejaban los cuerpos y que le permitían alguna visión y apuntando bajo disparó una larga ráfaga en abanico, barriendo toda la superficie interior del barracón.

A través del aislamiento de su escafandra, creyó percibir gritos y alaridos en un coro espeluznante. ¿Fue ilusión de sus sentidos? Nunca lo supo, pero a sus disparos nadie respondió.

Con cuidado, tiró del cuerpo inerte de uno de los hombres chinos, hasta lograr separarlo de los demás. El boquete se ensanchó y ahora Murray sí que vio el interior a los reflejos verdosos de la lámpara.

Una serie de cuerpos caídos por todas partes, llevó a sus retinas la imagen dantesca que presentaba el interior del barracón. Los vigilantes chinos, caídos junto a las planchas de aluminio perforadas por todas partes,

yacían quietos, inanimados. Comprendió Murray que la mayoría habrían muerto en la lucha, a causa de los disparos suyos y de José desde el exterior y esto le tranquilizó en parte. Habían muerto combatiendo. Pese a su rabia y deseo de venganza, Joe se estremeció. Dos docenas de hombres muertos o heridos estaban allí.

Se arrastró con precaución al interior, vigilando atento. Algo vio moverse que le hizo saltar de costado y esto le salvó la vida. Uno de los que yacían debía estar solamente herido, y quizás en el último momento logró enderezar su arma y disparar. Luego se abatió de bruces soltando la «metralleta» y quedó quieto.

A grandes zancadas, Joe recorrió el interior. Amontonó las armas en el centro y procedió después a desarmar febrilmente los cerrojos. De una litera agarró una manta y los puso en ella. Luego, apartando los cadáveres que obstruían la salida, agarró la manta que contenía los cerrojos y salió.

Junto al boquete le esperaba José que le había visto hacer toda aquella extraña maniobra. Cuando se le aproximó, éste le señaló un barracón grande y con una expresiva mímica le dio a entender que era el almacén. ¡Allí estaba Tatiana!

No la había olvidado ni un solo instante, pero, ¿Cómo buscarla sin antes eliminar al enemigo? Rogó mentalmente que no le hubiera ocurrido nada y comenzó a buscar en la pared del barracón el dispositivo de apertura de la puerta.

Lo encontró y metió el interruptor. La puerta comenzó a abrirse y tanto Murray como José se metieron por ella. Cuando la puerta interior se abrió, irrumpieron en el barracón con las armas preparadas. Una desagradable sorpresa les aguardaba. ¡La muchacha no estaba allí!

Lo revolvieron todo. Sólo cajones con raciones y útiles de trabajo. En un rincón encontraron lo que debía servir de cama a la chica. Unas tablas sobre las que había gran cantidad de papeles viejos de embalar y cartones. Una manta caída a un lado pareció confirmarlo.

Pero en su requisa encontraron algo muy útil. Una caja llena de pilas eléctricas, planas y de pequeño tamaño. Eran las que se empleaban para los intercomunicadores de las escafandras. Murray sin perder momento se adosó las necesarias conectándolas. Luego hizo lo propio con José y preguntó:

-¿Me escuchas, amigo?

-Sí, comandante -sonó la voz alegre del filipino.

-Agarra una docena de pilas para los compañeros y vámonos de aquí.

-¿Y la señorita?

-¡No lo sé! -respondió sombrío Murray.

-Tampoco hemos visto a Chu-Ling -manifestó José certeramente.

-Hemos de buscar a la chica. Pero escucha, José.

-Diga, comandante.

-Es necesario que las armas no caigan en poder de los chinos. ¡Sería una catástrofe!

-¿Quiere decir que habría jaleo?

-Con toda seguridad. Ninguno va a resignarse a quedar aquí aguardando para ser evacuado. Esta evacuación, será larga. Casi tanto como ha sido la llegada.

-¿Y qué piensa hacer?

-Chan tiene que convencerlos. Por eso no quiero que tengan armas.

-Está bien eso. ¿Qué hacemos ahora, comandante?

-Reunirnos con el otro grupo. Espero que los cohetes ya estén en sus manos.

Cuando salieron, grupos de los forzados chinos corrían hacia los barracones, envalentonados por el silencio de las armas. Los más decididos atacaron de nuevo las planchas, impacientes por entrar en ellos.

-Aprisa, José. Cuando encuentren las armas inutilizadas se van a tornar peligrosos.

CAPÍTULO IX

Una extraña calma. Un silencio absoluto y la total ausencia de seres vivientes reinaba alrededor de las cinco naves siderales que, alineadas en la soledad de la planicie, semejaban cinco grandes monstruos idénticos.

Joe esperaba la presencia del grupo capitaneado por Morgan, con el que estaba Wells además del ruso Sergio y el chino Chan. Se paró inquieto antes de llegar a las inmediaciones de los cohetes.

-Es extraño que no se vea a nadie -murmuró.

-¿Habrá ocurrido algo? -sonó la voz de José.

-Todo es posible. Aguarda aquí y no pierdas de vista las naves.

-Bien, comandante. Esperaré -asintió el leal José.

Se adelantó despacio Murray. Llevaba la «metralleta» preparada y hacía grandes esfuerzos por distinguir algo que tuviese vida. Pensó que si aquella quietud obedecía al fracaso de sus compañeros, ello sería debido a un encuentro con chinos armados. ¿Pero dónde estarían?

Se paró de pronto. Su vista distinguió una masa parda en el suelo, a ocho o diez pasos a su izquierda y muy próxima a los cohetes. Avanzó despacio y dispuesto a repeler cualquier agresión. Pero «aquello» estaba quieto y llegó a su lado sin ningún contratiempo. Al fin se dio cuenta de que era una forma humana. Vestía el traje espacial de los forzados, idéntico al de los vigilantes.

Más aliviado, se agachó. Era el cuerpo de un hombre. Lo removió suavemente sin que diera señales de vida y acercándose mucho, trató de distinguir sus facciones a través del transparente de la escafandra. Lo reconoció.

-¡Chan!-exclamó sorprendido.

-¿Qué dice, comandante? -escuchó la voz de José.

-Encontré a Chan, el chino.

-Ya van apareciendo -habló casi alegre el filipino.

-¡Pero está muerto! -aclaró Murray en tono opaco.

-¿Y los demás?

-No veo a nadie. Creo que debes venir a reunirte conmigo.

-Ya estoy andando, comandante.

Pronto estuvo José junto al americano.

-¿Qué habrá sido de los demás? -preguntó al llegar.

-Eso quisiera yo saber.

En aquel instante, una voz que sonaba en las escafandras, muy conocida y aborrecida, los dejó mudos de sorpresa.

-Puede saberlo, comandante -habló la voz aguda de Chu-Ling.

Y ante el asombrado silencio de los dos hombres, la voz del jefe chino se volvió a oír.

-Escúcheme, comandante. No podrá dar con mi paradero si yo no quiero.

-¿Cómo está tan seguro? -respondió Murray repuesto ya de la sorpresa.

-Lo estoy. Pero no malgastemos el tiempo, que es precioso para todos. Escuche lo que tengo que proponerle.

Ante el silencio de Joe, Chu-Ling prosiguió.

-Tengo en mi poder a la muchacha rusa. ¡Es mi rehén!

-¡Siga! -demandó Joe perentorio.

-Parece que ya le interesa más el diálogo.

-Lo suficiente para conocer sus intenciones. ¡Siga!

-También están en «agradable compañía» sus amigos.

-Enterado -respondió Murray que empezaba a comprender que la situación se había puesto grave para ellos.

-Mi propuesta es ésta. Necesito ser conducido a la Tierra y le propongo un pacto.

-¿Un pacto con ustedes?

-Sí. Admito que las cosas han cambiado algo y la nueva situación necesita nuevos modos.

-Puedo conducirle a la Tierra, pero en calidad de prisionero -admitió Murray en tono áspero.

-No sea niño, comandante. ¿Cree que me dejaré coger? Escuche. El vigilante ruso no sabe pilotar. Es sólo navegante. El otro ruso y sus compañeros se niegan a hacerlo sin su consentimiento. ¿Qué decide?

-¡No!

-Piense en esto -demandó la voz de Chu-Ling-. Tengo bajo mi ametralladora a todos sus amigos, incluso la chica. No tengo más que apretar el gatillo y morirán.

El dilema que se le presentaba a Joe Murray era extraordinariamente

grave. Quiso sondear.

-¿Qué ganaría yo con ello?

-Vamos, comandante, esa ya es otra manera de hablar -manifestó Chu-Ling entreviendo alguna posibilidad de entendimiento.

-Conteste a mi pregunta.

-Usted gana la vida suya y la de sus compañeros.

-Esa la di por perdida ya hace tiempo.

-No tiene derecho a arriesgar una posibilidad de salvación de los demás, comandante.

-¿Y lo dice usted?

-Volvamos a mi propuesta. Le advierto que no vamos a tener mucho tiempo para entretenernos en una discusión interminable.

Joe pensaba a todo gas. ¿Cómo haría para burlar a Chu-Ling? Pero éste se le adelantó con su agudeza.

-No le dé más vueltas, comandante. Los presos chinos no van a tardar en hacer acto de presencia junto a los cohetes. Todos querrán partir los primeros y la cosa va a ser peligrosa. Lo probable es que ninguno de nosotros se salve. Escuche. Tengo oro. ¡Mucho oro! No deseo ir a China. Me llevará a otra parte que decidiremos entre el ruso Igor y yo. Vendrá en la misma nave con la muchacha y con usted. ¡Decídase, pues ya hemos tardado bastante!

-Concédame cinco minutos para reflexionar.

-Es inútil. Acepte ahora mismo y le haré rico para toda su vida.

-¡Al diablo sus riquezas! -barbotó Joe frenético, ante la carencia de una idea que le permitiera volver la situación a su favor.

-¡Decida! -apremió la voz metálica de Chu-Ling.

-¡Bien, chino del diablo! ¡Acepto!

-Es usted inteligente. Escuche, ahora. Marcharemos a su encuentro al pie de los cohetes. Si advierto la más ligera intención de agresión por su parte, los prisioneros que tengo y que llevaré delante, morirán.

-Entendido -afirmó Murray seco.

Estaba empezando a amanecer y una difusa claridad se esparcía levemente por todas partes, dando a los objetos forma y color. Murray dio gracias en su fuero interno a aquella circunstancia que le permitiría ver a su enemigo y quizás disponer de un golpe de suerte que liberara a sus amigos. A su lado, José le miraba atento, como queriendo pedirle su opinión sobre todo

aquello. Pero no podía hablarle sin que sus palabras fuesen escuchadas por los intercomunicadores. Pero fue el propio José el que resolvió la dificultad. Murray escuchó un idioma que conociera años atrás en la Base Americana de Guantánamo, en Cuba.

-¿Me entiende, comandante? -preguntó el filipino en un correcto español.

-Sí, pero con dificultad.

-¿Es que piensa aceptar lo que quiere esa sabandija amarilla?

-No se me ocurre nada para impedirlo -admitió Murray.

-¡Maldito perro!-renegó éste.

Luego, el filipino se apartó unos metros y curioseó los cohetes. De pronto se volvió a Murray.

-¿Éstos funcionan?

-Creo que sí -asintió Joe sorprendido.

-¿Pero y si no funcionaran?

-¡Sería una catástrofe para todos!

De pronto, Murray se envaró a consecuencia de sus propios pensamientos. ¡Eso era! Ya lo tenía. Simularía una avería y retardaría la puesta en marcha del cohete que llevaría a Chu-Ling hasta el momento en que los forzados chinos aparecieran. Entonces algo ocurriría que quizás les permitiera volver las cosas a su favor. Más animado lo comunicó a José. Este manifestó su conformidad, pero recordó que la muchacha estaría en un gran peligro.

No pudieron hablar más. Unas formas borrosas aparecieron a lo lejos y al poco identificaron a sus amigos caminando en una fila con las manos en la cabeza. Detrás, vigilantes y con las armas listas, caminaban Igor y Chu-Ling. Cuando estuvieron al lado de los cohetes, se detuvieron.

-Suba al cohete americano, comandante -ordenó el chino.

-¿En cuál irán mis amigos? -preguntó éste.

-En el ruso.

-Quiero efectuar un cambio.

Chu-Ling le miró receloso. Luego preguntó, seco:

-¿Cuál?

-La señorita rusa irá con mis amigos. Con nosotros puede venir este hombre -y señaló a José.

Chu-Ling le miró curiosamente y luego denegó:

-No quiero chinos.

-No soy chino, amarillo del diablo.

Ante aquellas palabras en tal situación, la «metralleta» de Chu-Ling osciló ligeramente, encañonando a José. Pero la voz de Murray debió disuadir al chino.

-¡Cuidado, «amarillo»! Le tengo encañonado y nada ganaría con disparar.

-Lo veo, comandante. ¡Terminemos! Que venga ese hombre.

-Otra cosa. Primero partirán mis amigos. Cuando estén en el aire, les seguiremos nosotros.

-Ellos están desarmados, sea. Pera deprisa.

Entre tanto, el inteligente José había logrado acercarse a Morgan. Dejó la metralleta en el suelo y manipuló algo en el equipo del capitán americano.

-¿Qué hace ese hombre? -inquirió receloso Chu-Ling.

-Está conectando el intercomunicador. Le pone una batería -aclaró Murray.

-Están jugando con la muerte -farfulló el chino impaciente.

-¿No comprende que no se entenderán para navegar? -refutó agrio Murray.

Bajo la mirada desconfiada del chino y del renegado ruso, José fue de uno a otro conectando las pilas sacadas del barracón. El resultado fue el restablecimiento de los silenciosos intercomunicadores en todas las escafandras.

-Escucha, Morgan -pidió Joe.

-Ya escucho.

-Vais a partir en el «Lunik» tú, Tatiana, Sergio y Wells.

-¿Y tú?

-Yo lo haré en otro cohete con nuestro «indeseable amigo Chu».

-Deseo quedarme a tu lado -fue la respuesta rápida del capitán.

-No puede ser. Obedece.

-¿Y Wilkins? -preguntó Wells.

-¡Muerto! -fue la lacónica contestación del comandante.

Siguió un brevísimo momento que Chu-Ling impaciente cortó.

-¡En marcha! Que suban y partan cuanto antes.

-Arriba, Morgan. En el aire te diré lo que haremos nosotros por orden de este «amarillo».

-Joe, yo no quisiera marchar tampoco -era la voz de Tatiana que le llegaba con un ligero temblor.

-Es preciso, amiga mía. Pero no pierda la esperanza de verme.

-¡Terminemos de una vez! ¿O es que quieren echarlo todo a perder? -gritó el chino exasperado, moviendo amenazador el cañón de la «metralleta».

Se miraron todos y Joe hizo un signo afirmativo con la cabeza. Uno tras otro fueron trepando por la escalerilla del «Lunik» y desapareciendo en su interior.

Se apartaron los cuatro que quedaban en tierra, sin dejar de vigilarse ni un instante y tras unos momentos el cohete ruso comenzó a moverse. Poco después corría vertiginosamente por la planicie y se elevaba recto, a velocidad inaudita.

Ninguno de los cuatro hombres había mirado la operación. Separados, enfrentados, con las armas listas, se espiaban atentamente. Chu-Ling señaló el cohete americano.

-Ahora nosotros.

José inició despacio la marcha en dirección a la nave. Subió la escalerilla observando con desconfianza por sus dos enemigos y desapareció en el interior. El ruso dio unos pasos hacia la escalerilla, pero se paró de repente, señalando con el brazo en dirección al punto donde estaban los barracones.

Una multitud de chinos avanzaba hacia los cohetes. Eran los forzados que, alertados por el vuelo del «Lunik» debieron pensar que los dejaban a su suerte. Venían armados de herramientas y su aspecto no era de los más tranquilizadores. Aquello era precisamente lo que esperaba Murray y habló breve en español.

-¡José, entiéndase con el ruso!

Como si estuvieran previamente de acuerdo para una actuación combinada, antes de que el renegado ruso trepase por la escalerilla del cohete, apareció en la escotilla el filipino, que fulminantemente atacó desde arriba, disparando una ráfaga que segó la vida del ruso, el cual ya con un pie en el aire describió una cabriola para caer de espaldas a los mismos pies de Chu-

Ling, donde se retorció por unos instantes.

El chino, maldiciendo, apuntó rápidamente a José, descuidando con ello la vigilancia de Murray. Brillaba el fogonazo cuando Joe se tiró en plancha contra su enemigo, non la intención de desviar el disparo. Éste pasó a un dedo del cohete y se perdió en el infinito.

Por efecto del encontronazo Chu-Ling y Murray rodaron por el suelo, perdiendo ambos las armas. Se rehicieron rápidamente los dos hombres y Chu-Ling, barbotando denuestos, se puso en pie con enorme ligereza.

Ya corría a por su arma, cuando se vio rodeado por los primeros forzados que acababan de llegar. Frenético de rabia intentó una resistencia desesperada, haciendo frente a sus enemigos como una fiera.

Tan pronto como fue reconocido, dos docenas de manos airadas se volvieron contra él. En unos segundos, se vio atrapado y zarandeado. Una pala se abatió sobre su escafandra partiéndola, mientras era derribado al suelo y sometido a la más tremenda pateadura que lo fuera ser alguno.

Joe se rehizo instantáneamente y logró atrapar las dos «metralletas» corriendo hacia la escalerilla del cohete, por la que trepó. Alguno de los chinos se agarraron a ella y José asomó la boca del arma que escupió fuego, desembarazando de asaltantes la escalerilla. Un segundo después, la escotilla se cerraba y Murray, saltando frenético sobre los mandos del cohete, pulsó el botón rojo que lo ponía en marcha.

-¡Átate! ¡Rápido! -gritó Joe.

-Ya lo hago, comandante -respondió José sentado a su lado pasándose el cinturón a toda prisa.

Rodó unos metros el cohete por el suelo lunar y, de pronto, elevando el morro, se lanzó hacia arriba en una embestida al espacio escalofriante. Como cuando salieron de la Tierra, la sensación de aplastamiento fue terrible, pero mucho más breve. Cuando ésta cedió, se sintieron ligeros y alegres.

-Creí que no conseguiríamos escapar de esta, comandante -rió José.

-Yo también lo creía, amigo mío.

Volvió Murray la cara hacia el filipino y le sorprendió con una faz radiante. Luego, le vio alzar una mano en la que agitaba un pequeño saquete. José aclaró:

-El oro de «Chu».

-¿Pero cómo...? -se extrañó el americano.

-Le voy a decir un secreto, comandante.

-Dilo, José.

-En mi vida he recibido una pedrada más agradable.

-¿Pedrada?

-Me atizaron desde abajo mientras disparaba. Le aseguro que el pobre diablo amarillo no sospechaba con lo que me atacaba.

-¡Es extraordinario!

-¿Qué es eso, comandante? -preguntó el alegre filipino señalando la pantalla de radar, en la que se percibía un punto luminoso.

-Es el «Lunik». Forzaremos la marcha y estableceremos contacto por radio con él.

Por unos momentos guardaron silencio. El punto luminoso se fue haciendo mayor por momentos, ante la extrañeza de Murray. Pronto entró en servicio la televisión y, ante la sorprendida mirada del piloto americano, apareció un cohete chino que volaba raudo en su dirección. La radio comenzó a transmitir y Joe miró al filipino.

-¿Qué dicen?

-Piden que nos identifiquemos.

-¡Mándalos al diablo!

José lo cumplió al pie de la letra y los sorprendidos oídos chinos escucharon una serie de injurias de las más sangrientas, dichas en su propio idioma. Pero la reacción del cohete chino fue inesperada.

Los sorprendidos ojos de Joe vieron aparecer en el morro del cohete una forma negra y alargada y la imagen televisada reflejó el destello de un fogonazo.

-¡Por Santa María! -gritó José-. Nos están cañoneando.

-¡Malditos chinos!-rabió Murray ciego de furor.

El disparo debió perderse en la inmensidad del espacio, pues nada ocurrió al «Pioneer», pero la amenaza del negro cañón asomado al morro de la nave enemiga continuaba. La única defensa consistía en la maniobra y Joe decidió virar y meter motores, aunque esto le costara no sabía qué desviación de la ruta y fuera sumamente peligroso careciendo de navegante.

-Vamos a correr como desesperados. No quiero que nos desintegren de un cañonazo.

-¡Otra vez! -exclamó José, señalando la pantalla de video, donde un

nuevo fogonazo había iluminado la nave china.

Esta vez el disparo fue más certero. Los dos hombres se sintieron zarandeados durante un par de segundos y la aguja del velocímetro comenzó a retroceder.

-¡Malditos! -gruñó Murray, observando preocupado el instrumento que señalaba la velocidad.

-¡Nos han dado! -resumió filosófico el filipino, enseñando su blanca y fuerte dentadura en una sonrisa suave.

El vídeo señalaba la peligrosa proximidad del cohete chino, sin que Joe pudiera hacer otra cosa que esperar un milagro. La velocidad se había estacionado, pero uno de los motores no funcionaba. El «Pioneer» volaba describiendo una enorme curva, fuera ya de su trayectoria y sin rumbo determinado.

-Parece que los «amarillos» se alejan ahora -comentó José.

-Nosotros nos alejamos de ellos -explicó, serio, Murray.

-Menos mal, comandante.

-Lo peor es que vamos sólo con un motor.

-¿Eso es malo?-preguntó candorosamente el filipino.

El piloto le miró. ¿Que si aquello era malo? Le dolió tener que decirle la verdad al bravo José.

-Con un motor volaremos describiendo una curva. Si paramos ese motor, la trayectoria será recta otra vez, pero la posibilidad de entrar en la trayectoria que nos lleve a la Tierra será muy remota.

Guardó silencio Joe. Con el rabillo del ojo observó al filipino. Su cara aceitunada, de grandes ojos oscuros, aparecía inmutable. Lentamente se agachó y, tomando el saquete de oro que fuera de Chu-Ling, exclamó pesaroso:

-¡No me duele por mí, comandante. Había concebido la esperanza de que con esto entraría de nuevo en China y sacaría de allí a mi mujer y mis pequeños!

Un pesado silencio siguió a las palabras de José. Luego, Murray le vio mover los labios como abstraído.

-¿Rezas, amigo? -inquirió.

-¡Sí, comandante! Mis antepasados aprendieron de los españoles que, cuando fallan las cosas humanas, debemos encomendarnos a Dios.

Murray, fuertemente impresionado por la sencillez de aquellas palabras, guardó silencio. Contemplaba la pantalla de video, en la que la silueta de la nave china era sólo un punto y pensó que verdaderamente sólo un milagro podía salvarlos. ¿Cómo conducir aquel cohete que marchaba en curva con un solo motor lateral? Inevitablemente estaban condenados a perderse en el espacio, a ser atraídos por algún planeta o quizás a fundirse en las proximidades candentes del Sol. De una u otra forma morirían. Podrían resistir allí una semana, diez días a lo sumo. Luego, si no se habían estrellado, el oxígeno se acabaría.

Distraídamente miró el vídeo. La imagen de la Luna aparecía en la pantalla y se agrandaba por momentos. Instintivamente cortó el encendido del motor. ¿Irían a estrellarse contra el satélite que acababan de dejar?

La extraordinaria velocidad adquirida anuló la atracción lunar y volando en línea recta «escaparon» a la atracción. El satélite se fue alejando y Murray decidió entonces tratar de establecer contacto con la Base de la Tierra. Manipuló el transmisor una y otra vez, dando al espacio la cifra de identificación de la nave y esperó. En sus oídos sonó la voz de Morgan:

-¿Eres tú. Joe?

-Yo soy. Llamaba a la Base, pero parece que no están a la escucha. ¿Cómo estáis?

-Todo normal. ¿Y tú?

-Mal. ¿No habéis visto un cohete chino?

-No. El radar señaló un móvil pero no supimos qué era. Iba muy lejos.

-Era un cochino «amarillo». ¡Nos han cañoneado!

-¿Es posible? -casi gritó Morgan.

-Llevamos un motor parado. No me es posible gobernar la nave.

-¡Cielos, Joe! ¿Estás bromeando, verdad?

-¡No, Pat! Es la verdad.

Siguió un corto silencio. Luego, la voz de Morgan sonó de nuevo:

-¿Qué piensas hacer, Joe?

-Trataré de penetrar en el campo de atracción de la Tierra. Si lo consigo, antes de arder nos lanzaremos en paracaídas.

-Comprendo que no hay otra solución. ¿Qué dice ahora ese diablo «amarillo?

-No está aquí. Conseguimos burlarlos en el último instante. El ruso

murió a tiros y Chu-Ling habrá muerto a manos de sus forzados.

-¡Malditos chinos! -farfulló iracundo Morgan.

-Bien, amigos. No perder el contacto mientras sea posible. Yo haré lo que pueda por llegar a la Tierra.

-Espera, Joe. No cortes. Hay alguien que quiere hablarte.

La voz de Tatiana sonó emocionada:

-He oído lo que ha dicho, comandante. ¿Es que no queda ninguna esperanza?

-Siempre queda alguna, Tatiana. ¿No la tenía cuando estaba prisionera en París?

-¡La tenía! -aseguró ella con calor.

-Pues yo no la pierdo, aunque sea aprendiz de náufrago -y rió forzadamente Joe.

-¡No lo tome a broma, por lo que más quiera! -y la voz de la muchacha parecía angustiada.

-¡No es esto una broma, no! -convino Murray serio. Luego las palabras de ella hicieron que su corazón saltara en el pecho.

-¡Escúchame, Joe! -su voz era cálida, emocionada-. ¡Sálvate! ¡Te necesito!

La transmisión se debilitó súbitamente y se cortó al fin, sin que Joe pudiera dar la contestación a aquel mensaje entrañable. Pero el piloto, con el rostro resplandeciente aún, siguió llamando largo rato.

-¡Tatiana! ¿Me escuchas? ¡Tatiana!

CAPÍTULO X

Las facciones contraídas de Murray denotaban bien a las claras la preocupación que le embargaba. Tres días llevaban navegando por el espacio, en los cuales habían recorrido millones de kilómetros en un inútil intento de aproximarse a la Tierra.

Volando con un solo motor describía curvas más o menos abiertas, según la velocidad que le imprimía. Cortando el funcionamiento del motor la trayectoria era rectilínea, aunque siempre derivaba a la izquierda, por la atracción lunar.

No había querido alejarse de la Luna por temor a caer en el campo de atracción de otro planeta o convertirse en un satélite solar. Su intención era atravesar la llamada «frontera» con la velocidad justa para entrar en órbita satelital alrededor de la Tierra y después perder altura y lanzarse en paracaídas.

Pero tantas veces como lo había intentado, había tenido que desistir, poniendo de nuevo en marcha el motor y curvando la trayectoria y alejándose de la «frontera».

El peligro de penetrar en la zona de atracción terrestre a velocidad inadecuada consistía en que la gravedad «tiraría» de la nave con una aceleración constante y, mucho antes de poder saltar en paracaídas, el cohete ardería por la fricción con la atmósfera, desintegrándose.

En varias ocasiones había establecido contacto con la Base de la Tierra y escuchado la voz del coronel Barton y sus amigos. Tatiana también le había hablado animándole a no desesperar. Una comisión de científicos, reunida permanentemente para estudiar las evoluciones del «Pioneer», trabajaba en equipo para tratar de ayudarle. En la última transmisión, Barton habló persuasivo.

-Escuche, hijo. No intente nada desesperado. Estamos tratando de resolverle el problema. Tenga calma. Aún pueden resistir una semana en el espacio y antes de que termine ese plazo estarán entre nosotros.

-¡Gracias, señor! -respondió Murray.

-Tengo una noticia para el filipino.

-Dígala. Está a la escucha.

-Estamos en contacto «persuasivo» con el gobierno chino -y recalcó lo de persuasivo- tratando de localizar a la familia de José y traerla aquí. Es

posible que pronto pueda hablarle desde la Base.

-¡Gracias, señor! Esta es la mejor noticia que he recibido en muchos años -contestó emocionado el filipino.

Se cortó la transmisión y Murray miró sonriente a su compañero, advirtiendo una brillante acuosidad en sus pupilas.

-Puede que la noticia no sea cierta, pero me ha hecho mucho bien -murmuró José suavemente.

-No conoces al coronel Barton. En ninguna ocasión es capaz de mentir y menos en esta.

-¡Si lo consiguen, no me importa morir! ¡Mis hijos serán hombres libres!

Estaban cansados. Agotados física y moralmente. Aquella forzosa inactividad y la tensión a que estaban sometidos por la continua vigilancia de la nave, no les dejaba un punto de reposo. Pero el filipino resultó un magnífico compañero. No se lamentaba. Charlaba a ratos y hasta hacía proyectos para el porvenir, que a Murray entretenían.

Pasó un día más. Largo, monótono, pesado. Describían un viraje amplio y la trayectoria pasó por un momento muy cerca de la superficie lunar. José señaló excitado la pantalla de video.

-¡Mire, comandante.

Por un extraño azar, sobrevolaban el lugar donde estuviera la Base china. El video captaba una escena de desolación infinita. Volaban a sólo dos mil metros y la imagen era nítida, clarísima. Los barracones desmantelados, aparecían solitarios y los cuerpos insepultos de los muertos, esparcidos por doquier, daban una impresión fuerte y desgarrada de aquel lugar.

-¡Los cohetes están intactos! -se admiró José.

-Es la última esperanza que tienen los que sobrevivan. Aunque sin pilotos de nada les sirven. ¡Pobre gente! -se condolió Murray.

-¿No les auxiliarán?

-No lo sé. Pero depende que tengan cohetes en la Tierra.

-Si salgo de esta, no vuelvo a volar en mi vida -murmuró vehemente José.

La imagen señalaba ahora la desolación del paisaje lunar. Grandes cráteres pétreos, simas profundas, desolación, aridez.

-¡Tengo ganas de ver árboles! -murmuró el filipino añorante-. Me iré a

vivir a Luzón. Allí la vida es bella, comandante. ¿Qué hará usted «luego»?

-Seguiré volando -afirmó el comandante.

-¿A pesar de esa muchacha?

-Sí -afirmó, ahora con la cabeza, Murray sonriente.

La radio comenzó a repiquetear la clave de la nave. Luego la voz sonó:

-¡Atención, «Pioneer»! ¡Atención!

-Escucho.

-Habla Barton. Ponga atención.

-Siga, coronel.

-Hay una posibilidad por ahora. Trate de volar en línea recta hasta la «frontera». Ahora la Luna está en su punto más cercano con respecto a la Tierra.

-Bien, coronel.

-Cuando entre en el campo de atracción terrestre, revierta el motor, pegue frenazos cortos para que la trayectoria no sufra grandes desviaciones.

-Comprendido.

-Cuando el altímetro señale cien kilómetros, salten con los paracaídas.

-¿Cree que podré frenar?

-Sí, si entra despacio en la «frontera». A la corta distancia que se encuentra ahora, es posible penetrar despacio. Si esto fracasa, meta el motor, aléjese no mucho y vuelva a empezar. ¿Comprendido?

-Sí, coronel.

-¿Cómo están?

-Bien, pero cansados.

-¡Ánimo! No pierda contacto y dé las velocidades y la distancia.

Murray se orientó. Tenía a su izquierda a Marte, que brillaba lejano y misterioso. Situó la nave en el planisferio y le dio empuje con el motor durante unos minutos. Luego cortó y esperó con la vista fija en el velocímetro.

La nave adquirió una velocidad de 70.000 kilómetros hora y comenzó a volar rectamente. Joe invirtió el motor y esperó. La distancia a la «frontera» era aún considerable y habrían de pasar seis horas para llegar a ella. A cada hora establecía contacto con la Base y daba la velocidad y la distancia.

Para distraerle y darles ánimo en aquellas horas angustiosas, Barton hacía intervenir a los científicos, que radiaban instrucciones, y conocían la

situación del «Pioneer» al minuto.

-Se preocupan de nosotros, comandante -exclamó José alegre, después de una de las intervenciones.

-Sí. Estamos de moda. Veremos si es posible triunfar.

-¡Triunfaremos!

Se acercaban por momentos a la «frontera». Murray conectó de nuevo la radio.

-Velocidad 30.000 kilómetros.

-¡Magnífico!

-Dentro de quince minutos espero salir de la atracción lunar.

-¿Dirección?

-Según creo, recto a la Tierra.

-Está en lo cierto. Eso marcha, Murray. ¡Animo!

-Lo tenemos, coronel.

Con los ojos puestos en el velocímetro, Joe aguardó. Se lo jugaba todo en aquella carrera cuyo fin podía ser la muerte. El velocímetro le indicó el momento en que pasó de la atracción lunar a la terrestre. Suavemente al principio y más deprisa después, la aguja comenzó a marcar cifras más altas. Llamó a la Base.

-Hemos pasado y comenzamos a ganar velocidad.

-No lo olvide. Cortos frenazos para no desviar la trayectoria más que lo justamente indispensable.

Cuando la voz de Barton cesó, Murray se volvió a José.

-El final de este viaje lo haremos en otro vehículo.

-¿Otro?

-En paracaídas.

-Será una experiencia nueva.

-¿Te asusta?

-Un poco -confesó José enseñando los dientes.

-El salto será fácil. Ya lo verás.

Dando cortos frenazos cuando la velocidad crecía se fueron aproximando a la Tierra. Pasaron horas y más horas de angustiosa espera, mientras el cohete, como rauda centella, volaba insensible a la vida que alentaba en su interior.

-Escucha, «Pioneer» -llamó Barton.

-Escucho.

-Todo está preparado para recibiros. La superficie de la Tierra está plagada de puntos de observación. Las escuadras de todo el mundo acechan en los océanos. El ejército de todas las naciones está desplegado por la superficie sólida.

-¡Gracias, coronel! -respondió Murray emocionado.

-Avisad en el preciso instante de saltar.

-De acuerdo.

Se levantó Joe de su asiento. A su espalda, un paquete bien dispuesto contenía el paracaídas. Se lo endosó con poco esfuerzo y ayudó a hacer lo mismo al inexperto filipino.

-Nuevo traje de viaje -bromeó éste.

-¿Dispuesto?

-Cuando quiera.

-Aún falta.

La pantalla de video señalaba la imagen de la Tierra. Aparecía pequeña y dorada como una pelota áurea suspendida en el cielo azul, límpido y sin nubes.

Mientras se ponían los paracaídas el cohete había ganado velocidad. Joe accionó el motor y el brusco frenado los hundió en los asientos de manera brutal. Cuando el motor paró, la imagen de la Tierra, que antes estaba enfrente, ahora se percibía muy a la izquierda. Joe ahogó una exclamación de rabia y nada dijo.

La proximidad al planeta hacía que la atracción fuera cada vez mayor. Si frenaba, la desviación aumentaría y con ello «escaparían» de nuevo sin saber dónde irían a parar. Joe decidió jugárselo todo. Antes de que la velocidad aumentase y con ello él peligro de incendio, saltarían. Llamó a la Base.

-Aquí «Pioneer».

-Escucho.

-Vamos a saltar. El cohete se desvía y gana velocidad de nuevo.

-¿Cuál es la altura?

-¡Dos mil kilómetros!

-¡Está muy alto, Murray!

-Lo sé. Pero no quiero volver a empezar. ¡Estamos agotados!

-¡Hágalo y suerte, hijo! -fue la emocionada respuesta del brusco Barton.

Joe se levantó. En su rostro demacrado y barbudo se pintaba la resolución. Habló brevemente.

-¡Vamos!

-¿Ya?

-Sí. Colócate a! lado de la escotilla y salta cuando se abra. No te preocupes de más. El paracaídas funcionará solo.

José tendió la mano.

-¡Hasta luego o hasta nunca, comandante!

-¡Hasta luego, José!

Se abrió la escotilla. La claridad refulgente del Sol penetró como un chorro por la abertura, iluminando la figura del filipino. Sin dudarlo, saltó al espacio y Murray le vio desaparecer casi súbitamente. Luego se lanzó Joe con un limpio salto y percibió la sensación de precipitarse en un abismo. Después, el tirón del paracaídas frenó el rápido descenso y se encontró colgado, sin movimiento aparente.

Alzó la cabeza. Lejana percibió la figura del «Pioneer» que seguía su loca carrera que le llevaría a regiones ignoradas. Cansado, cerró los ojos. Su mente, oscurecida repentinamente, sólo alentaba para una idea. ¡Tatiana! Un inefable bienestar se fue apoderando de su cuerpo y continuó bajando, bajando...

* * *

En la sala de un hospital regentado por monjas católicas del lejano Congo, dos camas de blancura inmaculada contenían los cuerpos de dos hombres igualmente barbudos y enflaquecidos. En la puerta apareció la silente silueta de una monja, que llevándose un dedo a los labios recomendó silencio. A. su lado apareció la alta figura de un militar que metió curioso la cabeza, contemplando con gesto sonriente a los dos hombres.

En aquel momento uno de ellos se removió y abrió los ojos. Su rostro aceitunado cambió de posición y sus ojos medio cerrados atisbaron a la monja. Los abrió del todo y trató de incorporarse, pero un agudo dolor se lo impidió.

-Quieto. Tiene que estarse quieto -habló la religiosa.

Pero el hombre no comprendió aquel idioma desconocido para él y

aún pugnó por sentarse en la cama. El militar intervino:

-¿Se llama José?

-Ese es mi nombre, ¡ay...!

-Soy Barton. Coronel Barton.

-¿Estoy en América?

-No -sonrió Barton-. Está en el Congo, donde los pescamos medio muertos.

-Pero en la Tierra, ¿verdad?

-Sí, claro. Aquello ya pasó, amigo. Le tengo preparada una sorpresa.

Y ante la curiosa mirada del filipino, la religiosa salió, para aparecer al punto con una mujer diminuta y cohibida a la que seguían dos pequeños niños de igual edad e idénticas facciones. Al verla, José lanzó una exclamación de jubilosa alegría y abrió los brazos, recibiendo en ellos a la mujer silenciosa y a los niños.

El hombre de la otra cama, que había despertado y asistía en silencio a la escena, llamó al coronel.

-Coronel Barton.

-¡Murray, muchacho! -y el militar se acercó sonriente a la cama, sacudiendo fuertemente la mano que el otro le tendía.

-Llevan dos días durmiendo. ¡Creí que no iban a despertar nunca!

-Ya estoy despierto, señor.

-Me alegro, hombre. Tenemos mucho que hablar.

-¿De la Luna?

-De eso ya sé bastante. De los chinos.

-¿Qué ha pasado?

Barton tomó asiento en el borde de la cama y se explicó.

-Tan pronto como supimos lo que ocurría, por los mensajes de Morgan, nos pusimos en contacto con los rusos. Cuando el capitán llegó con sus compañeros, bastaron pocas explicaciones. Una nota conjunta ruso-americana al gobierno de Pekín, bastó. ¡Cambio de régimen o bombardeo nuclear! El régimen ha cambiado y allí mandan ahora los nacionalistas. Su arsenal espacial ha pasado a nuestras manos y estamos liberando a los pocos chinos que quedan en el satélite.

Se levantó de pronto y lanzó una exclamación:

-¡Olvidaba algo! Se lo mandaré y ya nos veremos, Murray.

Salió deprisa, ante la asombrada mirada del piloto que no comprendía aquella actitud repentina de su superior. Momentos después, una figura de mujer se recortaba en el vano de la puerta y como antes hiciera José, hizo ahora Murray.

-¡Tatiana!

-¡Joe! -exclamó ella corriendo hacia él. Se paró ante la cama con los ojos brillantes de alegría.

-¿Quieres repetirme lo que me radiaste aquel día? -preguntó él sonriente.

-Sí -afirmó con la cabeza, más que dijo, ella.

-¿Entonces, estás dispuesta a casarte con un aprendiz de piloto?

-¡Lo estoy! -y su voz, aunque no muy alta, era firme y decidida.

-Entonces dejarás ese apellido de Novogo... eso. Serás señora Murray.

Se inclinó ella sobre el rostro barbudo uniendo sus labios a los de él. José y su familia ni se enteraron, sumidos en su propia felicidad. La religiosa de blanco hábito se volvió mirando al cielo a través del ventanal, como pidiendo a las alturas disculpa por aquella libertad.

FIN

225

Visión alucinante del mundo futuro, en alas de un misterio que sólo podrá rasgar la más temeraria de las acciones.

ARCHIE LOWAN

ha escrito esta historia que palpitará en la imaginación del lector, que no podrá, aunque quiera, quitársela de las manos. Tal es la maravillosa sugestión que ejerce, desde el principio hasta la última de sus páginas. Y ello es posible porque

LA SERPIENTE DEL ESPACIO

es una novela escrita con nervio, casi con rabia, donde no hay ni un segundo libre para respirar abiertamente, porque va de una emoción a otra, con un dinamismo que sorprende y desconcierta a la vez. No deje de adquirir esta novela que se publicará en el próximo número de nuestra acreditada colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA *Precio: 7 pesetas.*

Distr. en Argentina por ALFIL, S. A. Maipú, 924. Bs. As.